Tecnológico de Monterrey

Azcaxochitl, o La Flecha de Oro. Leyenda Histórica Azteca.-Primera Edición.

Title	Azcaxochitl, o La Flecha de Oro. Leyenda Histórica Azteca.-Primera Edición.
Authors	J. R. Hernández
Affiliation	Imprenta de J. R. Barbedillo y C. Escalerillas.
Issue Date	1878
Downloaded	27-Jun-2017 13:12:26
Link to item	http://hdl.handle.net/11285/574053

AZCAXOCHITL,

O

LA FLECHA DE ORO.

LEYENDA HISTORICA AZTECA

POR

J. R. HERNANDEZ.

MEXICO.
Imprenta de J. R. Barbedillo y C.ª Escalerillas, 21.
1878.

DEDICATORIA.

A MI QUERIDO HERMANO

EL SR. D. JOSE M. HERNANDEZ,

en prueba de sincero afecto.

El Autor.

AZCAXOCHITL,

ó

LA FLECHA DE ORO,

LEYENDA AZTECA.

LIBRO PRIMERO.

LA TRAICION.

I.

Era el año señalado por la *xiumolpia* ó calendario azteca, con el signo de 4 tochtli (1).

Los frondosos bosques de Chapoltepec, extendian sus sombrías y tupidas copas, en un grande espacion, prolongándose hasta lamer las lím-

(1) *Cuatro conejos*, correspondiente al de 1314 de J. C. Tal es la fecha que marca Clavijero, á los acontecimientos que forman el fondo histórico de esta leyenda. N. A.

pidas aguas del Lago de Texcoco, los vetustos troncos de aquella avanzada natural, cual si fuese un inmenso manto de terciopelo, tangente á un tapiz de plata y cristal.

Pertenecian estos terrenos, en la remota época á que nos referimos, á la corona de Colhuacan, fundada por una de las tribus nahuatlacas, —establecidas en tiempo del gran Chichimecatl—tecuhtli (1) Xolotl, quien les cedió parte del hermoso y exuberante valle del Anáhuac, para formar sus poblaciones y radicarse definitivamente en él.

Los aztecas, segun Clavijero, Veitia y Fernando de Alva, fueron los últimos que llegaron al rico valle.

Reconocidos por el emperador Xolotl, tambien comenzaron á levantar algunas cabañas en los alrededores de Chapoltepec, y finalmente edificaron una ciudad de muy pobre arquitectura, pero guarnecida por toscos muros y torreones, en la cumbre del pequeño cerro del mismo nombre.

---

(1) Este dictado indicaba la alta dignidad de los emperadores chichimecas, en la órden de caballeria de los *tecuhtlis* instituida por el gran Xolotl.-N. A.

Segun el testimonio de los historiadores y cronistas, la conducta de los aztecas, semejante á la de los primeros pobladores de Roma, no era más que una secuela de robos, rapiñas y excesos, por cuya razon se habian atraido la enemistad de sus colindantes y vecinos.

Una de sus excusiones de mala ley, de la que luego hablarémos, se verificó, por desgracia, cierta vez, en los territorios de Copil, hijo de Malinalxochitl, hermana del prudente Huitziton, uno de los más ilustres gefes que dirigieron, en un principio, el viaje de los aztecas, al salir de Aztlan *ó lugar de la Garza,* para venir al valle de promision, al feraz Anáhuac. Copil, era señor de Malinalco, estado tributario de Colhuacan.

Decimos por desgracia, porque antiguos rencores predisponian á Copil y á los malinalcas contra los aztecas.

Cuando en su peregrinacion de Aztlan llegaron á una montaña cerca de Texcaltepec, Huitziton habia muerto, y por astucia de los sacerdotes se le rendian honores divinos, bajo el título de *Huitzilopoxtli*, para asimismo posesionarse del poder y ejercerlo sin trabas, dirigiendo al pueblo azteca. Malinalxochitl, hermana de Huitziton, y cuyo talento y energía eran secundados

por sus miras ambiciosas, habiendo saboreado en tiempo de su hermano los halagos del mundo, no se sujetaba, sino ántes bien incitaba á rebelion á sus partidarios.

Los sacerdotes no tuvieron dificultad en fingir que Huizilopoxtli les hablaba, desde la urna en que guardaban los restos de Huiziton, suponiendo órden dsl terrible dios de la guerra para que abandonaran á Malinalxochitl y á sus adeptos. Los aztecas obedecieron ciegamente, y dejaron, dicen Alvarado Tezozomoc y Veitia, dormidas, á esta y otras personas más, entre las que se mencionan los cuatro ancianos que la cargaban, llamadós Quauhtlanquetzqui, Axoloa, Tlamaqazqui, y Ococaltzin.

Al despertar se lamentaron sentidamnte del abandono á que los condenara la ingratitud de sus compatriotas y se refugiaron en Texcaltepec, donde se establecieron por algun tiempo, siguiendo despues hasta Malinalco; pero no sin llevar en sus corazones el gérmen de un rencor, que, más ó ménos tarde, debia de producir sus deplorables efectos.

Con el trascurso de algunos años los descendientes de Malinalxochitl, vecinos de los aztecas, se hallaron en disposicion de pagar ódio con ódio, y no cesaron de molestarlos. Deseaban, por

otra parte, deshacerse de colindantes tan perjudiciales y á este objeto buscaban un pretexto, que se encontró bien pronto, en esa malhadada expedicion que vamos á narrar con todos sus minuciosos detalles.

II.

Era una noche lluviosa y oscura. El viento soplaba furioso doblegando los tulares del lago y chocando contra los muros de Chapoltepec.

Salieron muy cerca de las ocho de la noche, de la poblacion, un millar de aztecas, y silenciosos emprendieron su camino por entre los carrizales y cañaverales, que crecian á las orillas del lago, agazapándose como chacales para no ser percibidos.

Cubiertos iban, apenas, por el *maxtlatl* [1] de hilo de maguey, de hechura corriente y sin ningun adorno. De esto solo podriamos exceptuar

---

[1] Faja que usaban los aztecas, con las extremidades pendientes por delante y por detrás. N. A.

á dos individuos: uno que marchaba á la cabeza de esos hombres y como gefe de ellos, de estatura arrogante y aire marcial y junto á este, otro, de aspecto receloso y suspicaz.

Los vestidos del primero indicaban su categoría. Bordado de colores llevaba un *tilmatli* [1] de acolchonado algon, orlado de esquisitas labores de plumas finisimas.

Sobre su frente ondeaba un penacho de brillantes plumages, y en su brazo izquierdo traía el *chimalli* ó escudo, de fuertes juncos, forrado de cuero bien adobado y adornado con conchas y cintas, y en la derecha empuñaba la terrible maza de guerra.

El que cercano iba, á más del maxtlatl, se veia en su pecho una gran borla algodon, y su cabellera, trenzada con gruesos cordones de lana de varios colores, estaba pintada de tinta negra y pegajosa.

Levaba rodela y *macuahuitl* ó espada de pedernal.

El resto de los guerreros, inclusos los *oficiales* subalternos, iba armado de rodelas por arma

---

[1] Capa cuadrada de cuatro piés por lado. N. A.

defensiva, y por ofensivas mazas, espadas de pedernal, arcos y flechas, y lanzas con puntas de hueso, de iztli (1) ó de cobre tallado y toscamente labrado, pero filosísimas. El único distintivo de los oficiales era unas bandas de tejido de lana, corridas de hombro á hombro.

III.

El que parecia gefe, llamábase Huitzilinitl, y en efecto, hijo de Ylhuicatl descendiente de Tochpanecatl, señor de Tzompango, punto en que, durante su peregrinacion, los aztecas habian permanecido algunos años, y de Tlapacantzin, bella jóven mexicana, llegó á ser jefe de la nacion, por sus prendas personales y su arrojado valor.

Era el otro Quauhtlequetzqui, gran sacerdote, persona á quien se le concedia mucha influencia por su carácter demasiado respetable entre los aztecas.

Los demás eran de la clase de tropa.

---

(1) Piedra durísima que se cree era obsidiana. N. A.

IV,

¿De qué se trataba?

Claro se comprende; iban á una de sus piráticas excursiones.

Quanhtlequetzqui se acercó insidiosamente á Huitzilihuitl y con acento salamero le dijo:

—Señor, mi Señor, gran Señor, (1) la noche no puede ser mejor; lluviosa, oscura y airosa; vamos en silencio, las gentes entusiasmadas, bien untados de *teopatli*, ese medicamento divino, preparado con insectos ponzoñosos y quemados, ollín de *ocotl* y con la yerba *ololiuhqui* y aún insectos vivos, cuyo ungüento los hace invulnerables contra las picaduras maléficas y los libra de las fieras de los bosques. Creo que el golpe va á ser coronado del mejor éxito. No en vano te he instado, Señor, para que me permitieras

---

[1] Fórmula necesaria que para empezar un razonamiento usaban los aztecas, que equivale á las palabras en idioma nahuatl ¡Tlatloani! ¡Notlatocatzin! Hueitlatoani. N. A.

acompañarte, no obstante ser esto ageno de mi carácter, pero ¡es tan grata la gloria del triunfo, que quiero presenciarlo.....

—Así parece, replicó Huitzilihuitl con voz firme, y si los datos del *Quimichin* (1) no resultan falsos, esta noche haremos una de las más productivas jornadas de estos tiempos, y ¡por Huitzilopoxtli! que la funcion será divertida!

—Es verdad, dice el espía, que los malinalcos son numerosos; pero sin disciplina y mal armados, y sobre todo, sin gefes aguerridos, y fiados en las seguridades de una época de paz.

—¡Desgraciados! exclamó el caudillo de los aztecas, ellos dejarán en nuestras manos riquezas y ofrendas para el alto dios de la guerra.

—Y qué relacion tan seductora hace el *quimichin*, volvió á decir Quauhtlequetzqui, con intencion, de todos los objetos preciosos que encierra esa poblacion que vamos á atacar. Plumas, vestidos, armas, víveres y adornos. Para nuestras necesidades, ¿qué más desear y pedir?...

—Sin embargo, no sé por qué me repugnan estas escursiones rastreras, que nos desacredi-

---

(1) Espia. N. A.

tan. En vano tanto me he opuesto, el pueblo no ha mucho aún se quizo sublevar y me es imposible contener á las masas desenfrenadas..... ¡Ah! y ahora que recuerdo, continuó con voz sombría Huitzilihuitl, como promovedores de este desórden sé que se encuentran tildados algunos de tus sobordinados. ¿Lo sabes acaso tú, gran sacerdote, á quién reconocen como gefe?.....

—Lo ignoro todo, repuso éste con tan cándida expresion, que en virtud de parecer igénua, se tornaria sospechosa para Huitzilihuitl, si éste hubiera tenido malicias fundadas.

—Es extraño, prosiguió diciendo el caudillo, porque los rumores aún te acusan de complicidad.

—¡A mí! dijo el gran sacerdote arrojando una mirada á Huitzilihuitl, que éste no pudo ver por la oscuridad, pero que respiraba un ódio mortal saturado de ambicion.

—Sí. á tí, repuso Huitzilihuitl, y yo que te considero la persona más influente de la nacion, así como te tengo por el más entendido varon, me maravillo que hayas podido fomentar disensiones que, en momentos tan supremos, pueden ser la muerte nuestra.

—Pero si te han engañado, gran Huitzilihuitl,

dijo con insidiosidad Quauhtlequetzqui, mis enemigos..... me calumnian, puesto que te consta que dedicado á mis funciones sacerdotales, de nada más me cuido, y ¡por Quetzacoatl y Tetzcatlipoca que nos mira, que jamás he pensado en sedicionar!

Al hablar así el gran sacerdote, se volvió al levante, tocó la tierra con la mano, llevándosela despues á los lábios. Era el complemento del más terrible juramento que podian hacer los aztecas.

—Quiero creerlo así, volvió á decir Huitzilihuitl, y en prueba de ello, olvidemos nuestras rencillas, porque estos instantes son de suma trascendencia y la union da la fuerza.

—Sí, olvidemos, pero ántes repito, que te juro por los dioses, que soy inocente y que puedes contar con mi fidelidad y sumision.

Y Quauhtliquetzqui dibujó en sus cárdenos lábios una fria sonrisa de sarcasmo.

Esto tampoco lo observó el caudillo.

La noche era oscurísima.

Luego se separó el gran sacerdote con algun pretesto.

V.

El pequeño ejército continuaba su ruta, sin hacer ruido y con las armas empuñadas.

No se diria sino que se tratraba de una sorpresa.

Quauhtlequetzqui se alejó del caudillo y se aproximó á los soldados que marchaban.

Hizo oir un graznido semejante al de un cuervo.

Otro graznido igual se escuchó algo lejano.

Quauhtlequetzqui volvió á repetir aquella señal y se apartó un poco del camino.

Poco tardó en oirse cerca la misma correspondencia de grito.

Entónces el gran sacerdote dijo, apénas articulando:

—Tetzcatlipoca (1).

—Teotetl, (2) contestaron.

---

(1) Espejo reluciente, dios mayor despues del Tloque Nahuaque, divinidades reverenciadas por los aztecas.

(2) Piedra divina.

—Teocipactli, repuso con tímida y precavida voz el gran sacerdote.

—Aquí estoy, pronto, dijo un hombre que se aproximó hasta rozarse con Quauhtlequetzqui.

—Eres fiel, replicó éste.

—Hasta la muerte, y que Tlacatecolototl (1) oscurezca la luz de mis ojos, si alguna vez falto á mis compromisos.

—Estoy satisfecho, volvió á decir el gran sacerdote, y por esto fio en tus palabras. Dame, pues, cuenta exacta de la comision que llevaste.

—Salí anoche de Chapoltepec, empezó á relatar Teocipactli con voz casi imperceptible; seguí tus instrucciones.

Promoví hoy en la mañana un escándalo en la poblacion, á la que acaba de llegar á la visita el rey de Colhuacan, Copil, y que es la misma que vamos á atacar ahora. Hiciéronme al punto prisionero.

Me preguntaron quién era; respondí que era azteca de nacion: *quimichin* de nuestro rey Huitzilihuitl.

Alaridos de ódio y venganza acojieron mis palabras.

---

(1) Espíritu maligno que hacia mal á los hombres.

Sin oir más me arrastraron hácia un bosquecillo cercano, donde me iban á matar.

Dejéme llevar, sin hacer resistencia, y ya próximo al lugar terrible, prorumpí en gritos.

—Quiero hablar al rey Copil, vociferé, tengo que revelarle secretos de altísima importancia.... secretos terribles, de los que depende que esta poblacion se salve.....

Mis conductores, sorprendidos, se detuvieron y mandaron á un guerrero malinalco, que consultase.

Volvió con la órden de que me llevasen á presencia de Copil.

El rey de Colhuacan se hallaba acompañado de la bella y valiente Azcaxochitl, su hija.

—Estaba allí? murmuró con asento trémulo de emocion Quauhtlequezqui.

—Sí, ella misma, repuso el espía.

—Bien, prosigue, dijo al gran sacerdote.

—Me defendí con calor y juré y perjuré de mi inocencia, y despues de las aseveraciones ardientes, dije encarándome á Copil:

—Señor, tu preciosa vida, la interesante de esta hermosa princesa, tus intereses y los de tus vasallos, corren el mayor peligro que imaginarte puedas.....

—¡Cómo así! interrumpió con desasosiego el rey de Colhuacan, explícate, te lo mando, que si no yo haré porque á fuerza aclares el oscuro sentido de tus palabras.

—No, gran rey, repliqué sumisamente, no es necesario; lo haré de buena voluntad, porque soy enemigo de la sangre y de la traicion; yo soy *quimichin*; esto lo sabes, señor, mas lo que ignoras es, que mandado por Huitzilihuitl, he venido á investigar cómo se halla esta poblacion: cuántas fuerzas tiene: cuántos puntos débiles hay; y dónde moras tú; en fin, mi mision es la de espía, para tomar datos y noticias de todo lo que haya importante, para que segun esto, asalten los aztecas esta misma poblacion, muy pronto.

Copil lanzó una mirada inquieta al rumbo de Chapoltepec y se puso lívido; en su temor, sin duda, ya creia oir los gritos de guerra, tan conocidos de los bravos méxicâ.

Solo Azcaxochitl, permanecia tranquila, acariciando la aguda punta de su flecha. ¡Esta mujer es admirable!

—Oye, me dijo el rey, despues de serenarse un poco, tú estás en mis manos, y tu vida es, si lo quiero, humo que esparce el viento; pero puedo inclinarme á perdonarte, si me revelas todo lo

que sabes y me sea útil para librarme del lazo, que me tienden mis enemigos.

Yo fingí vacilar.

Copil lo observó y como para decidirme, hizo llamar á unos guerreros, ordenándoles que me descuartizáran en seguida.

Exhalé entónces lastimosos gemidos, con todas las señales de estar sumamente atemorizado, protesté confesarlo todo, á condicion solo de que fuera á lo reservado.

—Bien, repuso con desden el rey de Colhuacan, afuera todos, añadió dirigiéndose á los que me custodiaban y á algunos capitanes que le rodeaban.

No quedamos más que Copil, Azcaxochitl, que me miraba fijamente, y yo, que en realidad comenzaba á temblar, al ver las pupilas radiantes y negrísimas de la princesa, que no se aparta de mi semblante.

—Señor, dije con voz alterada, no falto á la verdad; esta noche precisamente, los aztecas, mandados por Huitzilihuitl, en persona, es decir por ese temible y feroz rey de los mexicanos, vendran en silencio y á las altas horas á sorprender esta poblacion, con un ataque inesperado, si yo les llevo buenas noticias. Esto es lo único que esperan.

—¿Y serán ménos los asaltantes? preguntó con entonacion Copil.

—Yo creo, respondí, que será un millar de aztecas.

—¿Y gefes?

—Por gefe traen al horrible rey de los mexicà, pero tambien le acompaña el gran sacerdote Quautlequétzqui, quien viene casi forzado....

—Por qué dices esto? exclamó el rey de Colhuacan.

—Quauhtlequezqui, señor, le repuse, es un hombre excelente, de un corazon verdaderamente magnánimo, y execra y maldice estas ruines expediciones, que deshonran á nuestra nacion; y tanto más en este caso, cuanto que la sorpresa de que ahora se trata, tiene otro objeto villano, cual es el de hacerte prisionero, para que sirvas de notable trofeo á las victorias de Huitzilihuitl, y sacrificarte luego al gran Huitzilopoxtli, circunstancias que al gran sacerdote desagradan, porque ya ha manifestado en el consejo, que estando en paz los colhuas y los aztecas, es una felonía semejante proceder, lo que unido á las simpatías que por tu real persona tiene Quauhtlequetzqui, todo hace que no pueda ménos que venir á fuerza.

Copil, abismado en sus temores, bamboleó como un beodo á quien el pulque, ese néctar delicioso que nuestros paisanos saborean con esquisito placer, ha tarstornado la cabeza.

Azcaxochitl irradiaba de sus pupilas unas miradas sombrías y amenazantes, pero no hablaba: ¡qué temple de alma tan heróico!.....

—Luego que Copil se repuso, continuó refiriendo Teocipoctli, volvio á decir:

—¡Con que aseguras que el gran sacerdote, lejos de ser mi enemigo, tiene efecciones por mi persona.....

—Así lo creo, contesté, porque es un varon de alma noble y esforzada, y de leal intencion.

—¡Oh! exclamó Copil, no olvidaré esto; pero sigue, *quimichin* azteca.

Yo continué diciendo:

—Viene el gran sacerdote en esta expedicion, porque obrar de otro modo seria incurrir en la cólera del terrible Huitzilihuitl y exponerse á ser víctima de las furias del pueblo, azuzado por instigadores perverses; mas al saber que yo tenia que estar en esta poblacion, me recomendó que te noticiara, de algun modo, lo que se te prepara; ¿comprendes, gran señor, por qué un quimichin azteca se deja sorprander? ¿Explicas por qué un mexicâ parece ceder á una fuerza su-

perior, cuando deberia mejor haberse hecho despedazar?

—En efecto, replicó Copil: y sobre agradecer este servicio, te permito que te vuelvas sin tropieso. Aléjate.

—Una palabra más, mi señor, dije con misterio. Los aztecas ya no pueden tolerar la tiranía de Huitzilihuitl.....

Copil y su encantadora hija se cambiaron una mirada de ieteligencia y una sonrisa de orgullo.

—Quauhtlequetzqui, insistí, me encargó que te lo hiciera presente....

—¿Qué? prorumpió el señor de Malinalco, tomando un aire de proteccion altanera.

—Que el gran sacerdote no pierde la esperanza de que tu regia dinastía honre algun dia á la sufrida nacion azteca, haciéndola feliz con tu sabio, prudente y paternal gobierno: y por lo mismo, no vacila en asegurarte de las arraigadas simpatías que por tí abriga la mayoría de nuestros hermanos.

— Será posible, exclamó Copil entusiasmado y dando palmadas de contento en el hombro de Azcaxochitl, quien halagada con tan bellas ilusiones, habia dulcificado la pureza de sus miradadas dándoles una apacibilidad agradable.

El sumo sacerdote apretó convulsivamente el brazo del quimichin, deslizándole al oido estas palabras.

—¡Con qué es tan hermosa Azcaxochitl!....

—¡Ah Señor! replicó Teocipactli con fogosidad, estoy cierto que si hubieras visto á aquella fascinadora y altiva princesa, con su semblante sonrosado y risueño, sus ojos vivos y admirables, su cuerpo alabastrino y mórbido, blandiendo su pulida mano derecha el tlacochtli (1) de oro y resplandeciendo en su frente un penacho de brillantes plumas, que sujetaba su abundante y negra cabellera, habrías creido que era la gentil Mixcoatl, diosa de la caza, que cansada de recorer los bosques, habia entrado á descansar al palacio del señor de Malinalco....

—Luego así es tan espléndidamente hermosa; dijo suspirando Quauhtlequetzqui.

—Tan bella, contestó Teocipatli, que sus encantos aún me ofuscan el alma y adormecen lánguidamente mi corazon.

—Prosigue, prosigue, interrúmpió con voz precipitada el gran sacerdote azteca, llevando la

---

[1] Larga flecha que lanzaban á fuerza de brazo los aztecas como los romanos el venablo.

mano á su ardorosa frente, como para borrar un recuerdo apenador.

—Largo seria, repuso el quimichin, darte idea de todo lo que le dije; y solo me limito á manifestarte, que Copil ha quedado orgulloso y creido en que los mexicâ lo miramos como á un dios, y lo ansiamos como á un libertador, y lo he dejado convencido de que la tiranía de Huitzilihuitl es lo que impide que sea proclamado él, rey de los aztecas. Poseido de esta voraz ambicion á mi presencia ha dado órdenes tremendas para que el primero á quien se procurase matar, fuera á nuestro valiente caudillo, así como para que todos estuvieran listos y prevenidos, pero de tal manera, que nada revelara esos preparativos. Luego pedí permiso para retirarme, y recibido, lo efectué sin demora.....

—Hasta aquí, Teocipactli, has cumplido muy bien tu comision; resta únicamente, para no detenernos más, que me digas algo de otro encargo que te hice....y á la verdad, importante...

—¡Ah! olvidaba lo mejor.

—Deja de calificar lo mejor, pues no sé qué sea más aceptable para mi corazon, si las auras dulces del amor ó las aspiraciones cautivadoras del odio y de la ambicion. Continúa tu relacion.

—Obedezco. Recordarás que pusiste en mis manos unos pendientes de ricas esmeraldas, dos ajarcos de oro con topacios, y me diste un mensage que hiciera presente á la hermosa Azcaxochitl.

—Y bien, ¿cumpliste?

—A satisfaccion, escucha: el Tloque Nahuaque dispuso de tal suerte, que no me robaran esas preciosas joyas los malinalcos, al hacerme prisionero; y cuando Copil me dejó libre, hice, al salir, una seña á la princesa.

Azcaxochitl se separó con disimulo del sitio en que estaba junto á su padre, y logré hablarle en un lugar solitario, tras la residencia de Copil.

Signifiquele, sin nombrarte, las amorosas ansias de mi príncipe azteca, que la adoraba, y ofrecíle los regalos.

Lo recibió todo con afecto benévolo y se dignó darte por tu obsequiosidad, los más corteses afectos.... No te conoce; interrógome por tus individuales señas y aún se fijó en el hijo de Huitzilihuitl.

Odediente á tus órdenes, le hice formar idea de una persona distinta de tí; está sobre todo tranquilo.

—¿Y conveniste?.....

—Sí; lo esencial ¿cómo lo olvidaria? la cita que pides se te concederá, cuando lo quieras. He concluido, y solo aguardo que tu bondad y generosidad se derramen sobre el humilde y fiel Teocipactli.

Quauhtlequezqui se frotó las manos con satisfaccion.

—Bien, dijo en seguida, mereces Teocipactli, un gran premio, y á más de la buena propina que te daré al volver de esta espedicion, espero que pronto mejore y estaré en aptitud de recompensar debidamente tu lealtad. Vente conmigo y aguarda mis órdenes, porque sin duda te necesitaré aún. Silencio y discrecion, pues que se juega tu cabeza, y en caso ofrecido, sigue todas las instrucciones que te he dado. Así nos salvamos.

—Y si una flecha, mi señor.... un macahuitl te hiere, aventuró á decir el quimichin con hipócrita interés....

—¡Bah! prorumpió el sumo sacerdote azteca con orgullo. ¿Qué me crees que sea tan imbécil que me exponga?... Nada, pierde cuidado; volveré ileso; no así Huitzilihuitl, eso tenlo por cierto.

—Es cierto, es cierto, repitió como un eco el espía. Y ambos siguieron el mismo rumbo que

la tropa, aunque procuraron ir lo más separado que se podia, si bien, á una distancia que les permitiera llamarse mútuamente.

VI.

—¡Oh! Qué astuto plan, dijo hablando consigo mismo Quauhtlequezqui, á la vez que continuaba en pos de los guerreros aztecas, que marchaban haciendo el menor ruido posible. Estoy seguro, prosiguió, que Huitzilihuitl, á quien intensamente aborrezco, no solo no trasciende esta jugada, sino que cae víctima de su arrojo é imprudencia.

Y, ¡qué bello porvenir entónces! Mis trabajos secretos me preparan ya, para ese caso, mi elevacion á gefe de la nacion mexicá y de la religion al mismo tiempo: seré grande; sí, podré disponer del pueblo á mi antojo, y mi nombre será saludado con respeto en todo el rico valle del Anáhuac, temido de mis enemigos y célebre en muchas leguas en contorno. Mi combinacion tiene que dar precisamente un resultado inequívoco. Esta sorpresa, con la prevencion de las huestes de Copil, va á producirnos una derrota,

es verdad; pero me concede por fruto anhelado la muerte del hombre que odio y cuyo poder ambiciono. Huitzilihuitl caerá agobiado por los mortíferos golpes de los malina'cas, y yo, sin obstáculo alguno, me hago proclamar rey... ¡Rey de los aztecas! ¡Qué pensamiento tan seductor! ¡Qué porvenir tan halagüeño!.....

Luego vendrá á su turno Azcaxochitl. ¡Ah! Qué encantadora jóven; cómo la amo, deliro en su hermosura y su posesion me vuelve loco... Pero entre tanto, paciencia y astucia, que con ellas se consigue todo. Yo seré rey de los aztecas y dueño de Azcaxohitl, ó muero en la demanda.

Por ahora vamos cerca de mi rival, no sea que su ánimo suspicaz y desconfiado sospeche algo: ¡y su clava es temible!.....

VII.

Huitzilihuitl marchaba á la cabeza de su reducido ejército.

Todos iban en silencio.

De improviso al dar vuelta un recodo del camino, tras de un grupo de árboles sombríos, que

semejaban la negra y larga forma de un fantasma, se apareció una poblacion.

Casi envuelta en las brumas de la oscuridad, más bien se apercibia su proximidad por los lastimeros gritos de los perros de cibolo ó de carga, que vivian en el caserío, ó por los aullidos de los coyotes y tlalcoyotes que rondaban, merodeando por los alrededores.

Huitzilihuitl se detuvo á la entrada de una calzadita, que daba acceso á la poblacion, por el rumbo de Chapoltepec.

Apénas faltarian unos doscientos pasos.

El rey de los aztecas se volvió á Quauhtlequetzqui, que hacia tiempo caminaba junto á él, y le dijo en voz muy baja:

—¿Qué señas dá el espía de la residencia de Copil?

—Gran señor, contestó aquel con humildad afectada; las señales que ha indicado son bien pocas, pero seguras; dice que hay unos fresnos que en semicírculo guardan la entrada del palacio, y que está cerca del Teocalli, edificio alto y blanqueado, que llama desde luego la atencion.

—Bien, entónces, escucha, dijo con grave acento el rey de los mexicâ; dividiré mi pequeño ejército en dos secciones.

El arrojado Teixminani (1) conducirá una, y la otra irá mandada por Ocelotl (2), bravo gefe de toda mi confianza.

Centro de operaciones es y será la señorial presidencia de Copil. Despues del grito de guerra, avanzamos con denuedo; el golpe será maestro y digno de los valientes mexintzin.

Yo me reservo las prerogatigas de Tlacotecatl (3), porque convendrás en que debo dirijir el ataque, animar á los asaltantes y hallarme en el punto de más peligro.

—Tu sabiduría iguala al poder de tu brazo, señor, solo contestó Quauhtlequetzqui con afectacion.

Y se separaron.

VIII.

Así combinado todo, la tropa azteca quedó fraccionada en dos columnas al mando de Teixminani una, y de Ocelotl la otra. Adelantóse la

---

[1] Víbora venenosa.
[2] Tigre.
[3] General en gefe.

tropa de Teixminani por la derecha de la poblacion, y efectuó un rápido y silencioso rodeo; la de Ocelotl, para hallarse al lado opuesto, á fin de que se realizara un ataque simultáneo.

El caserío, envuelto en las tinieblas, apénas se percibia.

Los perros de cíbolo aullaban de cuando en cuando tristemente, y la selva susurraba semejando el mugir de un toro, cuando el aire abatia las copas de los árboles.

Huitzilihuitl marchaba á la cabeza de la columna mandada por Teixminani. Llevaba ya á su lado un tamborcillo sonoro, que debia dar la señal del asalto.

Tan solo se esperaba el aviso de Ocelotl, de estar situado convenientemente.

Este no se hizo esperar.

Quauhtlequetzqui mismo, que se habia alejado un poco del rey azteca, trajo la noticia deseada.

Resonaron entónces, en medio del silencio de la noche, tres lúgubres sonidos, roncos y estrepitosos.

Era la señal para los asaltantes.

Los aztecas, segun sus costumbres guerreras, lanzaron gritos destemplados interceptando la voz con la palma de la mano siniestra, varias

veces, lo que daba una modulacion al alarido, extraña y horripilante.

Aún los apaches y comanches, en nuestros dias, tienen este grito aterrador de guerra.

IX.

Los mexicâ se precipitaron, como una furiosa avalancha, guiándolos el arrojado Huitzilihuitl, por la avenida, empuñando sus armas.

Mas en este instante la poblacion se iluminó por todas partes. Teas de ocotes humeantes, pero resplandeciendo con vivísimas llamaradas, aparecieron en las azoteas y calles inmediatas, esparciendo una claridad deslumbradora.

Numerosas huestes de colhuas respondieron á la vez, al grito feroz de los aztecas, con alaridos aterradores.

Y no tardó en trabarse un reñido combate.

Huitzilihuitl quedó perplejo y amargado intensamente por aquella traicion, que de tal calificó el caudillo mexintzin al estado de vigilancia en que se hallaban los malinalcas, á quienes creian sorprender; empero no se dejó abatir por el des-

aliento; ántes bien mandó un correo á Ocelotl, para que atacara reciamente y procurára reunírsele.

Preparado así el plan, se lanzaron valerosamente los aztecas, animados por sus gefes y entusiasmados con el ejemplo de su denodado rey, contra las filas malinalcas.

La sangre comenzó á correr y á teñir el suelo, sembrado aquí y acullá de cadáveres, iluminados tristemente por la fulgurosa luz de las teas resinosas, que agitaban los colhuas que las llevaban.

¡Era el espectáculo más trágico que pudiera imaginarse!

¡Una matanza á la rojiza claridad de las teas!

El estertor de los moribundos, el ¡ay! desgarrador del que abandona en medio de un lago de sangre la vida, los gritos y las imprecaciones de los guerreros encarnizados, todo era una confusion espantosa á la que daba más imponente horribilidad el ruido de los fieros golpes de los combatientes.

Al frente de los aztecas veíase al valiente Huitzilihuitl, cuyo ondulante penacho de plumas finísimas de vivos colores, oscilaba con violentas sacudidas.

Un oficial, que llevaba atado con fuertes ligaduras el pendon á la espalda, segun sus costumbres, estaba siempre cercano al Teotecatl. Un grupo de escogidos mexicá lo defendian bizarramente.

La sorpresa, por la traicion de Quauhtlequezqui, degeneraba en un combate bien desigual y desventajoso para los aztecas.

Los colhuas agobiaban á sus enemigos, tan solo con su muchedumbre. Pero además de eso, los edificios más sólidos y multitud de casas coronadas de malinalcas, vomitaban una mortífera lluvia de flechas y piedras, que diezmaba horriblemente á los aztecas.

X.

Hubo un momento supremo en que los aztecas vacilaron y comenzaron á desbandarse.

Huitzilihuitl hacia vanos esfuerzos para contenerlos: era imposible. Comprendia que era exijir d sús sufridos guerreros un sacrificio inútil.

Empezó entónces á organizar una retirada ménos costosa. "Ahora es tiempo," gritó entre los colhuas una voz muy parecida á la de Quauh-

tlequezqui, y éstos, animados por sus gefes y embriagados por el triunfo que iban alcanzando, se arrojaron con un ardor irresistible sobre los aztecas.

Huitzilihuitl esperó no obstante aquel alud humano, y ya al chocar con él, su temible maza describió, entre aquella compacta multitud, un círculo de muerte.

Su brazo de hierro, manejando su pesada clava, tan pronto trazaba mortíferas curvas, como caia cual un rayo, sobre una cabeza ó un pecho, que tronaban produciendo un estridor horrorizante al despedazarse.

Pero, ¿qué era el osado rey de los mexicâ contra millares de enemigos enfurecidos?

No tardaron, aunque sucumbiendo muchos, en cercarlo, comprimiéndolo en un valladar de movibles lanzas, macahuitl y mazas.....

Volvióse á oir aquella misma voz: "Ese es el rey de los aztecas, dijo, ¡á él, colhuas!"

Y todas las armas se dirijieron con insistencia feroz contra el gefe metxintzin, á la vez que alaridos de venganza se escuchaban por todas partes.

¡Oh bravo Huitzilihuitl! exclama Mateuchtli, el bardo azteca. ¿De qué sirven los heróicos esfuerzos que haces para defenderte? Vas á sucum-

bir como un atleta, costando muy cara tu vida á tus enemigos.... pero morirás si te abandonan tus guerreros."

"Esclavo de tu deber, te defiendes rudamente; esparces á tu derredor la muerte.... Mas ¡ay! si no te prestan socorro, bien pronto Micuiztli (1) te inscribirá en sus terribles registros."

XI.

Aquellos instantes fueron de dura prueba para Huitzilihuitl.

Su chimallí, embrocado vigorosamente, resistia fieros golpes.

Su clava abatia colhuas como él huracan doblega débiles tallos de raquíticas plantas.

Cada enemigo que derribaba, empero, era reemplazado por otro más encarnizado, más furioso.

Hé aquí, pues, que su, brazo con fatiga tan tremenda comenzó á flaquear.

---

(1) La muerte. N. A.

De varias heridas corria la noble sangre del rey de los aztecas, si bien sus miradas de fuego no cedian en bravura.

XII.

Los colhuas, excitados por sus caudillos, hicieron un esfuerzo supremo y estrecharon más el círculo. Huitzilihuitl, sin cejar, ni desanimarse, redobló la terrible actividad de su maza.

Un malinalco, desafiando el empuje de su potente brazo, se le acercó para herirlo con su *macuahuitl*.

Huitzilihuitl velozmente le dirigió un golpe capaz de derribar un toro; pero.... su clava se enredó en el *tilmatli* del guerrero, que sin articular una palabra siquiera, cayó muerto.

Este incidente funesto detuvo la actividad del brazo del gefe de los mexicâ.....

Un grito de venganza resonó al mismo tiempo que una mujer jóven y hermosa, pero airada como una leona, empuñando un *tlacochtli* de oro, se abria paso excitando el ardor de los colhuas y malinalcas contra el indómito azteca. Sus chispeantes pupilas irradiaban un furor salvage, que

expresaba con desnuda franquesa, el ódio concentrado de nacionalidad.

¡Era Azcaxochitl, la bella hija de Copil!....

XIII.

¡A él, á el! gritaba furiosa la princesa empuñando su elegante flecha.

¡Huitzilihuitl estaba perdido!

Veinte lanzas, macuahuitl y mazas se levantaron para enrojecerse en la más noble sangre azteca.

¡Instante supremo y decisivo!

A esta sazon oyóse un alarido aterrador, y un hombre, rápido é inesperado como el rayo, saltó la valla humana que rodeaba á Huitzilihuitl, y cual leon feroz sus miradas despedian llamas.

Hacia girar su macuahuitl con silbadora vehemencia cubriendo juntamente con su rodela de mimbre duro, forrada de pieles adobadas, el cuerpo del rey de los mexicanos.

Todo fué sin intervalo. Este respiro, dió á Huitzilihuitl más que suficiente tiempo para desembarazar su clava y ponerla en sangrienta actividad.

—Bien, Ocelotl, dijo respirando con fuerza el gefe azteca. Eres un valiente guerrero, y con tu cooperacion no tardarémos en librarnos de este riesgo.

Un rujido de rabia, de encarnizado rencor, salió de los lábios de Azcaxochitl, quien no vacilaba en ponerse casi al frente de los mortales golpes del rey de los mexicâ.

XIV.

—¡A él! volvió á gritar la hija de Malinalco, á él, colhuas, malinalcas, que no se escape el traidor gefe de los dioses aztecas... ¡Matarle, es preciso, matarle! y luego lanzó con cuanta fuerza le fué dable su *tlacochtli*, con intencion de traspasar á Huitzilihuitl; pero éste, con un rápido movimiento, paró el tiro en su *chimalli*, rebotando la flecha que fué recogida por Azcaxochitl, mediante la cuerda que tenia en la otra mano.

A continuacion los dos impertérritos metzintzin, defendiéndose mútuamente y atacando cuando lo juzgaban oportuno, lograron con suma dificultad romper aquel fatal anillo, que amenazaba despedazarlos.

Un auxilio demasiado importante los espera la ya.

Teixmimani habia podido recoger y organizar algunos pelotones de fugitivos, y haciéndoles presente el riesgo que Huitziliuitl corria, pudo decidirlos á avanzar, resueltos á vencer ó morir.

Ese puñado de aztecas rodeó á los dos valientes, y la retirada se verificó con regularidad, si bien costando nuevas víctimas.

Todavia muy lejos fueron perseguidos por los colhuas, á los que capitaneaba Azcaxochitl, pues poseida de intensa cólera, los animaba bizarramente, profiriendo sus aterciopelados y purpurinos labios, terribles expresiones de venganza.

Aquella admirable amazona, con su mirar centellante y altivo, la boca contraida por la impresion de un desden mal reprimido, con su indomable bravura, sus marciales movimientos y su inteligencia, encarnaba perfectamente la representacion de esa América vírgen y hermosa, que ha sido calumniada por mucho tiempo, sin conocerla siquiera y cuyas glorias de esos pasados tiempos, han quedado en parte ignorados.

Bella personificacion, decimos, que jamás el arte pudiera reproducir, porque la jóven princesa tenia un aire denatural despejo y de encantadora vivacidad, y el brío que presidiera á sus

acciones, tan notable, que juzgárase imposible dar una idea exacta de ello con la pluma ó el pincel.

XV.

Cuando estuvieron fuera del alcace de los colhuas, Huitziliuitl se volvió á Ocelotl su bravo defensor, y con acento aún entrecortado por la fatiga del combate, pero firme y bondadoso:

—Eres digno de mi afecto, díjole, está seguró que jamás olvidaré tu aparicion tan oportuna y tu valor tan decidido.

—Señor, respondió el denonado gefe, llevando la palma de la mano á la boca en señal de respeto, si crees que lo que he hecho es merecedor de que fijes en ello tu atencion soberana, alégrame esto positivamente, porque veo que tu espíritu recto ama la justicia, puesto que no hice sino cumplir con mis más estrictos deberes, hasta sacrificarme por salvar tu vida que peligraba en tan angustiosas circunstancias.

—En efecto, Ocelotl, este riesgo es uno de los más inminentes en que me he visto... pero no

lo siento; lo que me apesadumbra es que, ¡ay! esto ha sido una sangrienta derrota.....

—Algo más, señor: aventuró á decir el general azteca.

—¡Cómo más! articuló con asombro Huitzilihutl.

—Sí, porque aquí se ha mezclado la traicion. Ocelot apénas alentó su voz, para pronunciar esas palabras, porque temia que alguno, fuera del rey de los mexicá, las oyera.

—Traicion dices, repitió el valiente Huitzilihuiti, rechinando los dientes de furor, á la vez que oprimia su ensangrentada clava.

—Sí, gran señor, me afirmo en ello.

—Explícate, que deseo con ansia conocer esta trama cuyos deplorables resultados hemos visto ya.

—Poco tengo que expresar, añadió Occetotl; habrás notado, señor, que léjos de una sorpresa, fecunda en ganancias y despojos, hemos sufrido una resistencia terrible, preparada y.....

—¿Qué hay más?

—Otra circunstancia aún más espantosa. Escúchame. Al tiempo que por tus mandatos debia situarme en el punto opuesto en que te hallabas, y que no esperaba sino oir la señal para emprender el asalto, un emisario, que me dijo ir

por tu órden, me previno que me volviese en el momento á Chapoltepec, que me aseguraba, de tu parte, que lo estaban atacando los colhuas. Vacilé, pero rencargóme tanto su cumplimiento, que cejé.....

—¿Y ese hombre, preguntó Huitzilihuitl con cólera, se ha fugado?....

—Ah, repuso Ocelotl..... ¿De qué me sirve ser lobo viejo?.... Obedecí, ó mejor dicho, fingí obedecer, pero ordenando que se tuviera en rehenes á aquel correo.

—¿Y le tienes aún? exclamó con fuego sombrío el rey azteca.

—Algunos de mis bravos mexicanos no le han perdido de vista.

Pero oye, señor, lo más importante: Tan pronto como retrocedí en el movimiento, y que aprehendieron á aquel hombre, él previó sin duda el atroz castigo que le aguardaba, y pidió hablarme.... y.... me ha dicho cosas horribles..... imposibles de creerse.

Está complicado Quauhtlequetzqui, señor, ó más bien dicho, en realidad él es el fautor de esta infernal trama..... La vida del rey de los aztecas era el obstáculo para ponerse en planta la más negra traicion.

Huitzilihuitl, sereno é impertérrito, quedó taciturno.

Su silencio era el peor presagio de sus ardientes pasiones.

—¡Ah! dijo por fin. ¿Con que Quauhtlequetzqui me traicionó y ha atentado á mi vida? Bien: tiempo viene ya para la depuracion y el castigo. Pero, calla, oigo hablar al sumo sacerdote, y es preciso disimular.

Cuando yo lo ordene, traeras á mi presencia á ese correo prisionero, cuya guarda te confio y luego.... luego.... sabremos quién es el alevoso traidor.

Pocos instantes despues Quauhtlequetzqui, salamero y adulador, con acento hipócrita preguntaba á Huitzilihuitl por su salud, interesándose por su sanidad completa, alabando á la vez su valor heróico y su indomable pujanza.

El gefe de los aztecas no halló qué admirar más, si el descaro, ó la audacia del sumo sacerdote.

—No en vano, pensó, yo tenia sospechas de este hombre. ¿Pero qué móvil le impelerá á tan horrendo crímen? Ya pronto lo sabré; disimularémos por ahora.

LIBRO SEGUNDO.

MAQUIAVELISMO DIPLOMÁTICO.

I.

Los aztecas permanecieron por algunos dias contristados; la derrota, empero, léjos de desanimarlos, avivó su brio y su denuedo.

La afrenta, hiriendo su orgullo, los volvia indomables.

Recordaban entónces las victorias espléndidas que habian obtenido poco tiempo hacia, contra los xochimilcas, siendo aliados de aquellos mismos colhuas, los que los habian puesto en fuga. Lejos de fijarse en la injusticia de sus pretensiones, no atendian sino á la vergüenza sufri-

da exacerbando hasta el delirio, el sentimiento de su nacionalidad ultrajada.

II.

En el entre tanto Huitzilihuitl, tomando muy á pechos la aclaracion de toda la trama, habia hecho llevar á su presencia al falso emisario.

Este era Teocipactli, el *quimichin*.

Obediente á los productivos consejos de Quauhtlequetzqui, habia servido segunda vez en tan tenebrosas maquinaciones.

El temor lo hizo confesar todo.

Nadie presenció esta confesion, porque Huitzilihuitl así lo habia mandado.

Pero quedó enterado perfectamente de cuanto habia en el particular.

III.

Quauhtlequetzqui disimulaba perfectamente.

Ni sus acciones, ni sus palabras, ni la contraccion siquiera de sus músculos, revelaba los pensamientos de su alma.

Encerrado en una hipócrita reserva, parecia tan solo dedicado á sus funciones sacerdotales.

Huitzilihuitl admiraba aquel disimulo, por el dominio que el sumo sacerdote mostraba tener en su alma.

Comprendia tambien que las disensiones intestinas en una nacion, una vez incoadas, rara vez dejan de ser una larga y desastrosa cadena de fatalidades.

Prudente y asaz moderado, queria abordar la cuestion, sin que se trasluciera ni un átomo siquiera, de aquellas altas rivalidades.

IV.

Al volver uno de esos dias del Teocalli (1) en que habia tenido lugar un sacrificio, Huitzilihitl, como por una casualidad, se halló reunido con Quahutlequetzqui.

El sumo sacerdote, aún con sus vestiduras de ceremonia, conservaba las manchas horribles de su sangriento oficio.

---

[1] Casa de Dios; templo. N. A.

El rey de los aztecas le dijo algunas palabras en voz baja.

Nadie supo qué; pero Quauhtlequezqui sonrió de mala gana.

¿Le habia citado Huitzilihuitl?

Así parecia, porque no habia pasado mucho tiempo, cuando el sumo sacerdote se dirigió á la habitacion del rey de los mexicanos, á la vez que un hombre, con quien habló con toda reserva ántes, salia con precaucion, rumbo á Malinalco.

Ocelotl se introdujo á la cámara del noble azteca y quedó guardando la entrada.

La conferencia tenia un carácter demasiado temible para Quauhtlequetzqui.

Pero no habia medio de evadirse; y revistiéndose el sumo sacerdote de la energía de su raza, se impregnó de un estoicismo verdaderamente fatalista.

Veía el peligro; pero léjos de retroceder, lo afrontaba con todas sus consecuencias.

Al entrar, Huitzilihuitl le señaló un fino *petatl* (1), en que habia un mullido cojin de plumas.

---

(1) Estera. N. A.

Huitzilihuitl estaba sereno y tranquilo en lo ostensible.

V.

¿Qué pasaba en el alma de aquellos dos hombres?.....

Huitzilihuitl, no obstante la impasibilidad de su semblante, sentia en su corazon un furor sombrío, efervescente, que invadiendo con sus efluvios voraginosos el cerebro, le envolvia en una atmósfera de irritabilidad, de encono, que con fuerza suprema apénas podia dominar, para aparecer frio en su mirada y sin inflexion en su semblante.

Iba á aclarar una felonía, no como medio investigatorio, puesto que el delito estaba probado ya, sino como oportunidad para aplicar un severo escarmiento.

Queria doblegar á Quauhtlequetzqui con la enormidad de su crímen, aunque no lograra sus simpatías.

En fin, queria que sonara la hora del castigo para el traidor.

¿Y qué pensaba el sumo sacerdote?

Quauhtlequetzqui, vivo, suspicaz y temerario, con su alma ladina y disimulada, se alarmaba hasta cierto punto de una situacion tan sospechosa; temia una aclaracion, no porque le llenara de confusion y vergüenza su delito horrible, sino porque preveia incontinenti una justicia demasiado espedita.

Pero léjos de abatirse, su espíritu penetrante y audaz le sugirió mil medios de salir de situacion tan difícil.

Escogió, pues, con toda la calma y sangre fria que saturaban su alma de continuo, los recursos que le salvaran.

Fijóse en uno: veremos luego si logra calmar la tempestad que le amenaza.

Como preliminar de su plan, afectó una humildad hipócrita y cándida, que engañaria al más experto conocedor del corazon humano.

En resúmen: la situacion de estos dos históricos personajes, era:

Huitzilihuitl, aparentando calma y serenidad, en su pecho sentia los enérgicos impulsos de sus pasiones exaltadas, inflamadas por el brío salvaje de su carácter indómito, pero simulando una tranquilidad fria, que al más topo haria concebir sérias sospechas, visto aquel semblante señudo, aquellas atléticas formas y la ter-

rible clava de guerra, que se destacaba á poca distancia, sobre su tilmatli de algodon bordado.

Quauhtlequetzqui, todo rejuegos y perspicacia, ni se atemorizaba por el presente, ni se intimidaba por el porvenir; siempre ladino é hipócrita, cuando se arriesgaba en aquel laberinto, que para otro de aliento pusilánime sería de fatalidades, él, disponiendo, en su genio y en su alma, de todos los recursos de un talento no comun, con cierta especie de negligencia, dejaba descubierto el flanco, porque sabia que tenia preparado ya el quite de pasada, que debia efectuar para desarmar á su poderoso enemigo. Queria engañarlo, apareciendo sumiso y como inofensivo, cosa que contrariaria desde luego á Huitzilihuitl, que deseaba oposicion, altivez y orgullo para reprimir, despedazar, pulverizar á Quauhtlequetzqui.

Supuestos estos pormenores, asistamos á esta interesante conferencia.

VI.

Quauhtlequetzqui, muy ageno de aprovecharse de la invitacion amistosa de tomar asiento, que le hacia el rey de los mexicâ, con un arte

estudiado, se presentó como un simple vasallo, tocó con la palma de la mano el pavimento, llevándosela despues á los labios.

Era el acto de reverencia con que los aztecas expresaban su respeto.

—Levántate, Quauhtlequetzqui, dijo con voz sonora Huitzilihuitl, y toma asiento en ese cojin que te señalé.

—Obedezco, señor, porque tú lo ordenas, repuso con voz tímida el sumo sacerdote; pero esta es la postura adecuada á mi pequeñez y á tu grandeza.

Quauhtlequezqui practicaba sin variacion su plan.

Huitzilihuitl quedó sumamente silencioso.

Meditaba una palabra que diera principio ventajoso á sus reclamaciones.

Despues de reflexionar un poco, dijo con toda la naturalidad que le fué posible:

—¿Qué te ha parecido la derrota de la pasada noche?

—¡Ah, señor, mi señor, gran señor! (1) repuso sin turbarse en lo más mínimo Quauhtlequetz-

---

[1] Fórmula que principiaba en lo general el discurso que se dirije al soberano. N. A.

qui; veo eso como uno de los peores acontecimientos de la época, si bien de los más naturales.....

– ¿Y por qué? repuso el rey de los aztecas, destellando de sus ojos un relámpago sombrío, que se apagó en el cándido y humildo semblante del sumo sacerdote.

—La razon es muy clara; parece que la suerte nos habia sonreido y que el nombre azteca, bien respetado por sus victorias, su fortuna y su valor, habia logrado á fuerza de sangre y heroismo, sobreponerse á su desventajosa situacion y captrarse el aprecio y la consideracion del mismo emperador colhua, en cuyos terrenos hemos hallado hospitalidad; ahora el mismo ha roto él emblema de su prestigio, entregándose casi vencido, al furor de sus enemigos.

Yo concibo que los poderosos y admirables esfuerzos de su noble rey, son verdaderamente inapreciables, pero á la vez impetuosos.

El ejército azteca ha sido puesto en fuga, se se dice, por todas partes, y esta es nuestra ruina....

—Ah! interrumpió casi furioso Huitzilihuitl, brotando llamas de cólera por los ojos y poniéndose enhiesto, como la víbora irritada que amenaza al viajero que la ha despertado de su letar-

go; y tú ves solo esa derrota y no te ocurre buscar sus causas malhadadas.

—Gran rey, dijo el sumo sacerdote poniéndose tambien en pié, y en actitud sumisa; á mi pequeña capacidad no es dado investigar los orígenes del mal, sino solo lamentar las desdichas de esta nacion..... Yo soy.....

—Sí, exclamó enagenado el monarca azteca: sí, ya sé lo que eres, Quauhtlequetzqui; demasiado lo sé, y pronto aún, agregaré lo que mereces.

—Señor, señor, repuso el sumo sacerdote inclinándose hasta el pavimento; tú te extravias en tus juicios.... Yo... yo.... mi nulidad... ¿en qué puede haberte ofendido?

El tono y las maneras del sumo sacerdote, para uno que no estuviese preocupado, le parecerian eminentemente cómicas, saturadas de una naturalidad hipócrita, que engañaba á primera vista á un espíritu de antemano predispuesto.

Observaríase tambien lo sesgado y malicioso be sus miradas, y la incoherencia capciosa de sus palabras, condensadas, cuando era necesario, en el estilo patético y lamentable de uno que siente y se atemoriza, que cede á la influencia de un poder estraño.

Conocia demasido Quauhtlequetzqui el carácter de su poderoso soberano, para que temiera que abusara de su fuerza, manchándose con la nota de felonía.

Huitzilihuitl buscaba oposicion, hemos dicho, y así como los obstáculos exacerbaban sus pasiones enérgicas, la debilidad excitaba tan solo su compasion.

El primer impulso del rey de los mexicá, al ver la timidez del sumo sacerdote, fué olvidar sus faltas y perdonarle; mas luego que se representó de nuevo en su alma la inicua traicion de que iba á ser víctima, se avivó el deseo que sentia en su corazon, de imponer un severo castigo al abominable traidor. Esta idea le dominó.

VII.

Despues de esta viva lucha Huitzilihuitl dijo con acento firme, sonoro, reposado y terrible á la vez:

—Si no sabes tú lo que eres, Quauhtlequetzqui, si tu alma mezquina no percibe los abismos que han abierto tus crímenes, yo sí lo sé. Te re-

pito, que sé lo que eres y puedo adivinar lo que serás.....

Y fijó en el sumo sacerdote una mirada penetrante, escrutadora, incisiva.

Quauhtlequetzqui, no obstante todo su cinismo y su audacia hipócrita, sintió que un calosfrío de terror circulaba por sus venas y que un miedo horrible se condensaba en lo íntimo de su corazon. Bajó los ojos y le sobrecogió una confusion, que aunque diversa del arrepentimiento, en lo ostensible se podria confundir con él.

—Eres, prosiguió Huitzilihuitl con voz atronadora, adelantando un paso y posando su robusta mano en el hombro del sumo sacerdote, que tembló á su contacto; eres un traidor.....

—¡Ah! apénas articuló Quauhtequetzqui, como atónito por aquella revelacion, y levantando sus manos al cielo, con acento patético, exclamó: ¡es una atroz calumnia! Por ventura, ¿no me está viendo nuestro Dios....? (1)

—Traidor, sí, continuó Huitzilihuitl con una calma siniestra y sin hacer caso de los juramentos del sumo sacerdote; porque tú has vendido

---

(1) Esta era la fórmula del juramento entre los aztecas.

el secreto de mis operaciones, contribuyendo al derramamiento de la sangre inestimable de tus hermanos, y siendo el fautor de la deshonra y desprestigio de la ilustre nacion azteca.....

—Imposible, señor, dijo poniéndose de hinojos Quauhtlequetzqui; eso equivaldria á ser yo un monstruo, un infame, y no creo que pueda haber tenido intenciones tan horrendas....

—Es decir, que yo calumnio, rugió sordamente el rey de los aztecas.

—No gran señor, balbutió el ladino Quauhtlequetzqui, sino que acaso malos informes.. algun enemigo oculto.... la envidia....

—Bien, interumpió Huitzilihuitl, te probaré hasta la evidencia, que eres un infame, para que convencido te resignes á tu suerte fatal.

Y dió dos palmadas.

Ocelot se presentó, y en ademan respetuoso, tocó con la palma de la mano la tierra y la llevó en seguida á sus labios y aguardó órdenes.

—Trae al *quimichin*, y ven tú tambidn bravo Ocelot, dijo con acento breve el monarca.

El general azteca salió retrocediendo sobre sus talones, para no volver la espalda á su rey.

Quauhtlequezqui aprovechó la vez para arrojar una mirada excrutadora sobre Huitzilihutl.

Le vió frio y sereno pero señudo.

—Por Huitzilopoxtli, pensó con verdadero pesar; qué sé yo, si en lugar de un buen negocio, voy á hacer aquí el más dosgraciado de los que haya ideado. El semblante del rey está más propio para verdugo que para padre clemente. En fin, no desmayemos: adelante con mi plan.

XIII.

Preparado como estaba el sumo sacerdote, hizo un esfuerzo casi sobrenatural, para no inmutarse al entrar Ocelotl seguido de Teocipactli.

Este, al entrar, cambió con Quauhtlequetzqui una mirada rapidísima de inteligoncia.

—Acércate, dijo el monarca al *quimichin*, y habla la verdad; pero la pura verdad, ¿entiendes? porque si vacilas ó mientes, te abro el cráneo con mi maza.

—Señor, mucitó Teocipatli, inclinándose, no me culpes por lo que he hecho, y si he faltado, imploro tu real clemencia.

—No exijo más, sino que hables con sinceridad, repuso Huitzilihuitl. A este efecto voy á preguntarte, y me contestarás.

—¿Has ido á la poblacion, donde temporalralmente residia Copil?

—Es cierto, dijo con voz anhelosa Teocipactli.

Quauhtlequetzqui tomó un aspecto hipócritamente sumiso.

—¿Has traicionado tu consigna de observar, y has revelado, por el contrario, el secreto de la expedicion que se preparaba en Chapoltepec?

Teocipactli vaciló, pero bajo la terrible mirada de Huitzilihuitl, balbutió un *sí* casi ininteligible.

Quauhtlequetzqui, contra lo natural de su situacion, más bien atendia al soslayo á la puerta de la cámara real, que al interrogatorio que tanto le comprometia.

—¿Has incitado á Copil y á su hija Azcaxochitl para que atenten á mi vida de toda preferencia?

—Sí, gran señor, articuló apénas el *quimichin*, enteramente lívido.

—¿Has ponderado mi pretendido despotismo, haciendo creer al señor de Malinalco que podria ser rey de los aztecas á mi muerte, puesto que la noble nacion de los mexicá odiaba mi gobierno y le veria y acojeria como libertador?.....

—Es exacto, murmuró Teocipactli, presa de un temblor natural de terror.

—¿Has llevado tú algun mensage á mi bravo general Ocelotl, para que se alejara del punto de ataque que le habia señalado, á fin de que, privado yo de ese auxilio, sucumbiera bajo la muchedumbre de los colhuas?

—Sí, gran rey, contestó el *quimichin*, poseido de un miedo cerval, que no podia dominar.

—¿Y quién te ha aconsejado tamaños crímenes, miserable? gritó con ademan amenazante y voz de trueno, Huitzilihuitl.

—El sumo sacerdote Quauhtlequetzqui, dijo alentando débilmente sus palabras Teocipactli.

—Lo oyes, Quauhtlequetzqui, exclamó ciego de furor el rey de los mexicas; lo oyes, vil azugador de crímenes, traidor mil veces más despreciable que los reptiles....

—Señor, señor, compasion, piedad, articuló el sumo sacerdote, sin abandonar su hipócrita capciosidad, dando á su voz una inflexion lastimera y lúgubre, que con tanta naturalidad parte de las gargantas de los indios.....

Al mismo tiempo se prosternaba humildemte ante Huitzilihuitl.

El rey azteca ni se dignó mirarlo; le despreciaba,

—Ocelotl, dijo despues de reflexionar un momento; apodérate de esos dos infames; hazlos

descuartizar, y que sus sangrientos restos sean suspendidos de los cuatro ángulos del Teocalli: vé, y que sea obedecido al punto.

Ocelotl se inclinó profundamente, y se erguía ya para hacer salir á los dos reos, cuando apareció un oficial azteca, que pidió ser recibido por el rey.

Disgustóse Huitzilihuitl al ver aparecer un estraño, pero al fin permitió que hablara el oficial.

—Señor, dijo: un *quimichin* acaba de llegar y anuncia importantes noticias.

Estas palabras produjeron diversos efectos.

En el rey atencion, en Quautlequetzqui una alegría que con trabajo pudo dominar.

Intencionalmente sin duda, se habia acercado á Teocipactli, de suerte que le deslizó estas palabras, sin ser sentido de los demás.

—"Estamos salvados, no temas."

—Que entre ese *quimichin*, dijo Huitzilihuitl, y tú, bravo Ocelotl, ejecuta mis órdenes.

—Señor, se aventuró á decir Quauhtlequetzqui, me oirás una sola palabra.....

—El rey frunció el seño de un modo notable, y se contentó con hacer una señal á Ocelotl, que significaba "cumple."

Este, rígido en su deber, quiso obligar al sumo sacerdote á salir, pero Quauhtequetzqui prontamente se evadió; prosternándose ante el monarca azteca, le dijo por lo bajo:

—Señor, señor, tu vida corre peligro; creeme; no te fies de esterioridades. yo te soy fiel, y, en caso ofrecido, me sacrificaré por tí,..... Escúchame, escúchame un momento, y despues, dispon de mi vida .....

Huitzilihuitl sorprendido, fijó en aquel hombre una mirada severa.

Quauhtlequetzqui lloraba de una manera tan natural, que su verdad engañaba.

El corazon de Huitzilihuitl se enterneció al fin, aunque no lo dejó conocer.

—¿Qué dices? explícate. ¿Mi vida está en peligro?.... tú me eres fiel.... ciertamente no te comprendo.... ¡Oh, mientes aún!.....

—Señor, óyeme á solas, y si no te convences, mátame, es de sumo interés lo que voy á revelarte.... Mucho.... mucho.

Huitzilhuitl vaciló otra vez.

Quauhtlequetzqui, que sospechó el motivo de la irresolucion del monarca, añadió:

—No temas, señor.... ¿qué puedo yo contra tí... ?

Estas frases hirieron el orgullo del monarca atzeca, quien dijo con altivez.

—No te temo; gracias al Tloque Nahuaque, poseo medios de pulverizarte: y para que veas que no era este el motivo de no oirte, te concedo que hablemos á solas.

Cuídate, porque no verás el nuevo dia; te lo aseguro.

A una seña de Huitzilihuitl, quedaron los dos únicamente en la real cámara.

IX.

—¡Poderoso Huitzilihuitl! dijo con un aplomo digno de mejor causa el sumo sacerdote: cuando tus mandatos me precisaron á venir á tu presencia, no hiciste más que anticiparte á mis deseos, porque ya habian llegado á mis oidos los conceptos detractores de la maledicencia y la calumnia que se cebaban en mi persona.....

El rey azteca hizo un gesto de desden impaciente, y dió señales de desprecio marcado.

Quauhtlequetzqui se hizo sordo y prosiguió:

—Pero no era esto lo importante que me traia á tu real mansion, sino graves noticias que habia

recibido, poco ántes de que recibiera tus altas órdenes. Importantes avisos me han llegado, porque el horizonte se nubla de un modo alarmante. Mas, ¡oh gran rey! permite á este fiel azteca que protesto de su inocencia y fidelidad, ante tu noble presencia.....

—¿Eso es lo importante? interrumpió con áspera entonacion Huitzilihuitl..... Creo que perdemos el tiempo.....

—No, señor, escúchame.

Un activo *quimichin*, que mandé anoche, ha llegado ahora temprano, trayendo tristes nuevas.

Se prepara una coalicion terrible contra la desgraciada nacion azteca, á cuyo frente se halla, como principal promovedor, Copil el orgulloso señor de Malinalco.

Numerosas huestes se aprestan: todos nuestros vecinos malquerientes, nos profesan un ódio gratuito y se han prestado para atacarnos, destruir nuestras poblaciones y reducirnos á la más dura esclavitud....

Huitzilihuitl quedó sorprendido con tales noticias; no el temor avieso, sino la madura reflexion de los peligros que le amenazaban, le retuvo un momento silencioso.....

—Copil, agregó Quauhtlequetzqui, está dominado por la brava Azcaxochitl, quien nos odia

de un modo terrible, y él se presta, por consejos de su hija, á ser el alma, el motor y director de esa liga tremenda. Muy presto, segun me aseguró el *quimichin*, esa langosta caerá, como una nube mortífera, sobre nuestros campos y poblaciones, hiriéndonos de muerte. Y tú, noble señor, tú peligras mucho, porque tu persona sagrada está puesta á precio.....

Huitzilihuitl quedó de nuevo sumergido en su sombría cavilacion, de la que salió poco despues, para decir al sumo sacerdote.

—¿Respondes con tu cabeza de esas noticias?

—Señor; no vacilo en ofrecértela como garantía y aún más, y esto es lo más importante: ella responne de mi débil cooperacion para conjurar estos peligros.....

Altos deberes, señor, me ligan á mi patria, y lazos íntimos me unen á tu prosperidad y á la grandeza del noble pueblo azteca, y por lo mismo, por Huitzilopoxtli, te prometo sacrificarme por tu bienestar y por la felicidad de la nacion mexicana.

—¿Y cómo te ofreces en sacrificio fructuoso? dijo con acento incrédulo Huitzilihuitl.

—Escúchame, señor; tengo una idea, que no dudo surtirá, por su audacia é importancia, muy

buenos resultados. Acéptala, si te parece conveniente.

Mis esfuerzos se dirigen á atacar el foco de la tormenta; si logro apagarlo, triufamos.

—Explícate, dijo Huitzilihuitl, con interes.

.....

Media hora despues, fueron llamados Ocelotl y el oficial que traia noticias.

.....

¿Qué habló Quauhtlequetzqui con el valiente jefe de los mexintzin?.... Pronto lo sabremos.

Solo añadiremos, para concluir este libro, que quedó libre el sumo sacerdote Quauhtletzqui, así como Teocipactli, y que se puso á las órdenes de éste el bravo Ocelotl, con algunos centenares de guerreros aztecas.

Por lo demás, nadie traslució siquiera la desagradable escena que acabamos de referir, ni mucho ménos se supo lo que se proyectaba....

Teocipactli, agraciado de nuevo con el empleo de *qnimichin*, salió de Chapoltepec la noche de ese mismo dia, dirigiéndose á la corte de Copil, señor de Malinalco.

X.

El triunfo de Quauhtlequetzqui habia sido completo, porque no solo lograba desarmar á su enemigo, sino que para lo sucesivo, habia afirmado los *elementos* más importantes á su empresa, y haciéndosele necesario, preparaba los medios ménos alarmantes para alcanzar la primacía del poder civil, que desempeñaba Huitzilihuitl, á fin de que, utilizando tambien el poder religioso, de que disponia ya, le fuera más fácil mandar al pueblo, ser su dios, en una palabra. Quauhtlequetzqui, por lo que se ve, era ambicioso, pero no un ambicioso vulgar, sino uno de esos hombres que, dotados de una grande alma y de una energía privilegiada, comprendia muy bien su situacion, y en todo se dominaba, plegándose á las circunstancias y pagando tributo pasajero á los hombres, para así mejor medrar sin tener que vencer grandes resistencias. Era, como se ha visto, un hábil diplomático, que sabia sacar partido aun de las situaciones más desesperadas.

LIBRO TERCERO.

EL ZORRO EN EL GARLITO.

I.

Lució un nuevo dia.

El sol se levantó radiante sobre el horizonte, despidiendo una lluvia de impalpable oro.

La naturaleza, rejuvenecida por la estacion, engalanaba á los árboles con tupido llollaje, y á los elegantes tallos de las flores con botones precursores de una belleza encantadora.

En la gran poblacion de Malinalco se notaba desde temprano un bullicio y una animacion fuera de lo comun.

Las tropas malinalcas estaban formadas en un prado cercano.

Los capitanes al frente de sus destacamentos y los oficiales á la cabeza de sus pelotones.

Esperábase á Copil que pasara revista á la tropa.

Pero el tiempo trascurrió, y el sol se puso en el centro de ese inmenso arco que recorre sobre nuestras cabezas y cuyos estremos tocan el horizonte, y el Señor Feudal de Malinalco no se presentó.

Al cabo de una hora mandáronse retirar las tropas, y Copil permanecia en el palacio de su residencia, sin salir.

Hablábase de un quimichin que habia llegado, y se formaban mil comentarios de su mision.

II.

Véamos nosotros lo que sucedia.

Teocipactli, apénas salió de Chapoltepec, siguió, conforme á las instrucciones que habia recibido, sin duda, el camino más frecuentado.

Rápido en su marcha, pocas horas le bastaron para llegar á la peblacion de Malinalco.

De suerte que, esclareciendo el dia, avistó los suburbios.

Fué detenido por un centinela malinalca, y pidió ser presentado á Copil.

Como era una hora intempestiva, le detuvieron en el cuerpo de guardia más cercano y esperaron á que fuera tiempo más oportuno.

Teocipactli, en el entre tanto, se sentó en un ángulo del cuarto, y sin hacer caso de los que estaban en su derredor, se envolvió en su tilmatli y fingió dormir.

Pero realmente su pensamiento y su alma estaban en una actividad prodigiosa.

Pocos instantes despues oyó pasos, á la vez que entraban dos hombres, que por lo cansado de sus movimientos y el lodo de que venian manchados, parecian venir de largo camino.

Entablaron relacionos con los de la guardia, y Teocipactli pudo oir la siguiente conversacion:

—¡Por las canas de mi padre! dijo uno de los recien venidos, arrebujándose en su capa de algodon, estoy sumamente fatigado y no puedo ya dar un paso más.

—¿Qué de tan léjos vienes? dijo uno de los soldados de la cuadra.

—Corto es el trecho de Acolhuacan á acá, pero récia la jornada, cual la hemos hecho, de no-

che y por entre un camino sembrado de pantanos, que causan, si no peligra en ellos la vida, y de tulares y carrizales infestados por las víboras.

—La órden que recibieron, aventuró á decir otro soldado, seria sin duda, de mucha importancia.

—Tú lo juzgarás, dijo el correo, pues se trata nada menos que de un mensaje que traigo de mi señor y rey Coxcox, para que mañana temprano se apronten algunos barcos con malinalcas, á fin de que, unidos á otros de colhuas, se apoderen cuanto ántes de la Isla de Tlacomoco, que por su elevacion y proximidad á Chapoltepec, así como por estar ocupada por los aztecas, seria muy perjudicial si no se apoderan de ella los aliados, puesto que si los mexicâ se fortifican allí, empresa ruda y difícil será tomarla y desalojarlos..... Ya ves que esto es de mucha importancia.

—De veras lo creo así; de modo que cuando menos piensen los aztecas, se encuentran sin ese apoyo. ¡Bien ideado! ¿y cuándo se mandan los barcos?

—Mañana temprano,

—¿Y cuándo atacaremos á los viles aztecas? ¿no lo sabes?

—Nada absolutamente; pero..... déjame dormir, que me rinde el sueño ya. Bueno es aprovechar estas horas.

—La verdad, es preciso confesar, decia dentro de sí mismo Teocipactli luego que los correos colhuas se durmieron, que no he visto sangre fria, cálculos ni audacia más notables, que los de Quahtlequetzqui. Ya ayer me creia completamente perdido; ya veia mis piernas y brazos divididos y siendo el pasto de los cuervos, porque la fiereza y la cólera de Huitzilihuitl no dejaban ni la más remota esperanza de vida. Y luego aquel brutazo de Ocelotl. Donde no quedaria figura humana al cumplirse las órdenes del rey y descomponer en mí, al descuartizarme, no una de las más bellas, pero sí, para mí, de las más queridas obras de Tloque-Nahuaque. ¡Esto era imposible! Pero nada me admira, sino la prevision y oportunidad de esas intervenciones, con que contaba Quauhtequetzqui.

Yo no pensaba en tales combinaciones, y me quedé gratamente sorprendido por el sesgo que tomó el asunto, sério ya por demás, como que se trataba de despedazarnos. ¡Oh! lo que es Quauhtlequetzqui; con razon le tengo por un gran ingénio y un hombre de muchos recursos;..... cambiar aquel furor y aquella cólera del rey en

una proteccion y en una intimidad, como la que ha sucedido á aquel ódio..... Es preciso convenir en que el sumo sacerdote es un hombre vivo y audaz.

Pero lo que más me sorprende, me deja atónito, es saber cómo conoce, tan á tiempo, pormenores que le son tan necesarios para sus combinaciones.

La ocupacion de Tlacomoco, sobre lo que forma su plan, la aseguró para mañana; he oido y veo ahora, que apénas vienen los correos de Acolhuacan á participarlo á Copil.

Quauhtlequetzqui tiene buenas inteligencias y activísimos espías, que le participan noticias con toda violencia. Yo, pues, debo servirle con eficacia, porque así creo que rindo un servicio á la nacion: ahora con más justicia, cuanto que me parece que se está de completo acuerdo con Huitzilihuitl, quien obra ya en consonancia con Quauhtlequetzqui.

Así repararé en algo el mal que por mi cooperacion haya ocasionado á la valiente nacion azteca, en la última expedicion.

Esta noticia, que impensadamente he recibido, procuraré utilizarla para mejor combinar las circunstancias, y coadyuvar al plan, demasiado ingenioso, del sumo sacerdote. Por otra parte,

puesto que Quauhtlequetzqui tiene confianza en mí, bueno es corresponder á ella.

No sé yo cómo calificarme tambien, porque para el primer embroyo me utiliza Quauhtlequetzqui, y para este, que diremos segundo, me creo indispensable.

Sea lo que fuere, procuraré, ahora que hable á Copil, desempeñar mi mision de un modo satisfactorio.

Pero, ¿qué idea tendrá ahora el sumo sacerdote?

En fin, no me calentaré la cabeza en adivinar; con estar pendiente á lo que resulte, me basta para comprenderlo todo. Por lo que á mí toca, cumpliré mi encargo, y.....

—¿Tú eres el *quimichin* azteca? dijo una voz áspera y destemplada, sacando á Teocipactli de su monólogo intelectual.

—Sí, yo soy, contestó éste, esperezándose para disimular su sorpresa.

—Sígueme, repuso un hombre atlético en sus formas y rudo en sus ademanes.

Una banda que le pasaba de un hombro á otro, significaba su grado en el ejército.

Teocipactli echó á andar tras el malinalca que iba adelante.

Esta página no está disponible

Este mensaje se intercala en los documentos digitales donde el documento original en papel no contenía esta página por algún error de edición del documento.

Al momento los creadores de este documento no han localizado esta página.

Preguntas frecuentes:

¿Qué puedo hacer?

Ten por seguro que hemos informado al creador original del documento y estamos intentando reemplazar esta página.

¿Quién convierte estos documentos a formato digital?

Esta tarea se realiza por un grupo de personas que laboran en el proyecto de Biblioteca Digital. Nos esforzamos por convertir documentos originales a una versión digital fidedigna y comunicar a los creadores del documento original de estos problemas para solucionarlos. Puedes contactarnos visitando nuestra página principal en:

http://biblioteca.itesm.mx

Esta página no está disponible

Este mensaje se intercala en los documentos digitales donde el documento original en papel no contenía esta página por algún error de edición del documento.

Al momento los creadores de este documento no han localizado esta página.

Preguntas frecuentes:

¿Qué puedo hacer?

Ten por seguro que hemos informado al creador original del documento y estamos intentando reemplazar esta página.

¿Quién convierte estos documentos a formato digital?

Esta tarea se realiza por un grupo de personas que laboran en el proyecto de Biblioteca Digital. Nos esforzamos por convertir documentos originales a una versión digital fidedigna y comunicar a los creadores del documento original de estos problemas para solucionarlos. Puedes contactarnos visitando nuestra página principal en:

http://biblioteca.itesm.mx

sos. Así se lo puedes significar, como gracia que hago á sus pequeños servicios.

—Creo, señor, replicó Teocipactli, que ahora quedarás más contento....

—¿Qué, mejores nuevas me traes? interrumpió el señor de Malinalco, brillando en sus ojos una llamarada de ambicion y orgullo.

—Sin duda; oye, noble señor, lo que Quautlequetzqui, por mi boca, te dice:

"Los aztecas, oprimidos por el feroz despotismo de Huitzilihuitl, ya no pueden sufrir más; las exacciones, las tropelías, los más atroces abusos, han colmado los sufrimientos del pueblo, y se halla á esta sazon en un fermento, que puede trocarse en rebelion declarada, el dia que los mexicanos cuenten con un protector que sepa afrontar la cólera del rey azteca."

El sumo sacerdote, lejos de olvidar las promesas que te tiene hechas, ha trabajado activamente para formarte un partido preponderante y fuerte, que llame y proclame tu dinastía.

—Oyes, Azcaxochil, dijo Copil entusiasmado á su hija, en voz baja. ¡Qué brillante porvenir se te espera; ya pronto no serás simple hija de un tributario de Acolhuacan, sino la heredera ilustre del trono azteca.

Pero no creas que le debemos algo á ese mal sacerdote; ese es un villano; deberémoslo todo al prestigio de mi nombre y al terror que mi firmeza les ocasiona.

—En efecto, padre y señor mio, estos miserables aztecas, solo están buenos para esclavos; ya procuraremos algun dia enseñarlos á obedecer, con la vara y el mal trato.

—Dices bien, hija mia, se conoce que eres de mi noble raza. Prosigue, *quimichin*, agregó Copil, alzando la voz con un desden marcado.

—Quauhtlequetzqui, continuó Teocipactli, odia, aborrece de muerte á Huitzilihuitl, y no vacila en sacrificarse, si necesario fuese, para rescatar al pueblo mexicâ de la tirania de ese déspota que se titula fraudulentamente *rey*. Pero necesita de proteccion y apoyo, para afrontar una situacion tan erizada de peligros. Como punto primordial cree Quauhtlequetzqui de suma importancia, que te apoderes de Chapoltepec, porque con esto quitas todo medio de resistencia á los aztecas.

—Y esa toma la agradecerá Quauhtlequezqui á la pujanza de mis armas, dijo con sarcástica sonrisa el señor de Malinalco.

—Eso seria un insulto digno de bellacos, exclamó Azcaxochitl con desprecio saturado de

cólera, porque para muy poco necesitamos la cooperacion de ese vil sacerdote.

—No, replicó Teocipactli, dominando apénas la rabia que subia de su corazon á incendiar su cerebro, y procurando aparecer zalamero; no, si Quauhtlequetzquí implora tu gran poder, noble señor, es tan solo para que lo secundes. El se compromete á.....

—¿A qué? dijo con un interés que mal disimulaba Copil.

—A abrirte las puertas de Chapoltepec y á sublevar al pueblo, para que desobedezca descaradamente á Huitzilihuitl, y finalmente, á trabajar por proclamarte rey de los aztecas.

Copil y Azcaxochitl se miraron, y su mirada envolvia tanta ambicion, tan desmedida presuncion y orgullo, que Teocipactli batalló mucho por ocultar la cólera que fermentaba en su pecho.

—¿Y qué pide en cambio ese villano azteca? ¿qué exige de mí por sus esfuerzos?

—Nobilísimo señor, dijo afectando humildad rastrera Teocipactli: Quauhtlequetzqui solo impetra de tí tu augusto aprecio y....

—¿Nada más? abyecto bandolero, exclamó riendo el señor de Malinalco: pues sabes que es módico en su precio el sumo sacerdote de Huit-

zilopoxtli... ¡Cómo se conoce que no tienen resto de vergüenza.... estos viles.... Pero bien: dile que acepto, con tal que no se me presente jamás, y.....

—Otra cosa aún, señor, interrumpió el azteca con rendimiento cómico.

—¡Hola! ¿algo más? Entónces no sé si saldrá caro este pícaro, repuso Copil dirigiéndose á su hija.

Azcaxochitl entretenia su fastidio en jugar entre sus torneados dedos con su tlacochitli de oro.

—Es muy poco, noble señor, dijo astutamente Teocipactli, para lo que se te ofrece. La toma de Chapoltepec y el trono azteca, por la satisfaccion de una venganza... Es bien mezquina la comprension.

—¿Cómo? repuso Copil, ¿hablas de venganza? ¿querrá por ventura Quauhtlequetzqui tomar revancha contra Huitzilihuitl?

— Esa es la verdadera condicion, gran señor, exclamó prosternándose humildemente el azteca.

—Explica entónces el pensamienlo del sumo sacerdote.

—Quiere que, vencido Huitzilihuitl, se lo entregues, para enseñar al déspota tirano cómo las vicisitudes de la fortuna hacen posible la justi-

cia, aún en las cabezas que se creen libres del castigo que sus crímenes merecen.

—¿Nada más esto? volvió á decir Copil admirado de la parvedad de los deseos de Quauhtlequetzqui.

—Y por último, que le permitas retirarse á llorar sus dolores y á enjugar el llanto de sus ocultos pesares á alguna gruta, para consagrarse á Tetzcatlipuca.....

V.

Copil reflexionó un poco y dijo con altanería.

—Asegura al miserable Quauhtlequetzqui, que le otorgo cuanto pide, con tal que cumpla sus promesas.

—Estoy seguro de que religiosamente llenará sus compromisos; pero si así no fuere, yo te ofrezco mi pobre persona en rehenes de sus juramentos.....

—No necesito más bajezas, replicó Copil con orgullo, ¿quién eres tú para que me inspiráras confianza; sabe que si acepto las ofertas de ese vil azteca, me guía tan solo el deseo de evitar

efusion de sangre; por lo demás, ya no pueden los mexicâ ignorar que una formidable coalicion se prepara para despedazarlos y extinguir esa fementida raza de bandoleros, que se anida en Chapoltepec. Coxcox, yo y otros señores del Valle, aprestamos nuestras fuerzas y pronto, aún sin los auxilios de Quauhtlequetzqui, venceremos.....

Yo llevo la iniciativa, yo mando la expedicion, y yo, por fin, haré ahorcar más aztecas, que víctimas ha hecho la rapacidad de estos salvajes miserables.

—Perdon, gran señor, exclamó sollozando hipócritamente Teocipactli; clemencia para un pueblo que no tiene más crímen que obedecer á un déspota tirano, que lo sacrifica y lo aniquila. Los aztecas, señor, y yo doy testimonio de ello, no desean, no anhelan, no piden más, que ser gobernados por tu sabia mano, y se regocijarán secretamente al saber que el sumo sacerdote Quauhtlequetzqui, por ódio á Huitzilihuitl, se prestó á cooperar á tu triunfo, porque en ello verán su felicidad y bienestar.

—Consiento en ello, repuso con petulancia Copil, y les hago gracia de darles ventura, bajo mi mando: y dí á Quauhtlequetzqui, que cuando

quiera, nos entenderemos para coordinar los pasos que se han de dar.

—Eso me olvidaba decirte, gran señor, interrumpió Teocipactli dándose una palmada en la frente; Quauhtlequetzqui me suplicó que te hiciera presente, por la urgencia del caso y en obsequio de no perder tiempo en emisarios, que te dignaras concederle una cita, á fin de que se combinara todo perfectamente, porque por emisarios es largo é infructuoso trabajo, y para él expuesto á peligros graves.

—¿Y dónde quiere que le conceda esa cita? repuso Copil con desden.

—Señor, dijo inclinándose Teocipactli, sin duda para ocultar una sonrisa diabólica, que á su pesar se dibujaba en su semblante: me indicó, que la isla de Tlacomoco era muy á propósito.

—La isla de Tlacomoco, repitió como recapacitando el señor de Malinalco.

—Sí, gran Señor, esa isla ó islote que la munificencia del monarca de Acolhuacan, nos ha permitido ocupar en temporadas para pescar: actualmente está sola, nadie sabrá que concurres ahí: irá Quauhtlequetzqui solo, y tú, gran señor, podrás llevar la escolta que estimes conveniente.

VI.

Copil se quedó pensativo, y la vacilacion y la sospecha se traslucian en sus miradas.

Habló luego en voz baja con Azcaxochitl, y despues de un intervalo de animada conversacion con la valiente princesa, dijo el señor de Malinalco, con un acento que respiraba desprecio:

—Está bien, dí á Quauhtlequetzqui, que concurriré á la cita, porque no hay tiempo que perder.....

—Por lo mismo, noble señor, ¿parece bien á tu alta sabiduría, que se fije esta noche para la cita? porque ésto, como conviene hacerse con toda la posible reserva, es preciso escoger una hora en que ni por asomo haya quien atisbe: si estás ahí, y como creo, te acompañarán malinalcas, es oportuna esa hora, porque no podrán ser vistos.

—En efecto, dices bien; iré esta noche á Tlacomoco.

—Y yo iré contigo, padre y señor mio, dijo

Azcaxochitl con una decision que animaba, porque quiero asociarme á tí en todo.

—Consiento, dijo Copil: y este oficial, que tú, *quimichin*, ves á la puerta, y por cuyo arrojo tiene el nombre de Cuetlachtli, ese me servirá de escolta con algunos guerreros malinalcas. Combinado todo esto, líbrame de tu odiosa presencia, y encárgale á Quauhtlequetzqui y recomiéndale el mayor secreto, porque de lo contrario, no escaparia del furor de Huitzilihuitl, y á mi pesar, no podria concederle ya la satisfaccion de su venganza.

—Que el Tloque-Nahuaque te conserve siempre grande y feliz, señor, dijo prosternándose Teocipactli, poniendo la mano en el pevimento y llevándola en seguida á la boca en muestra de respeto.

Y retrocediendo sobre sus talones, salió acompañado de Cuetlachtli, que recibió órden de sacarlo de la poblacion y encaminarlo hasta los límites de los dominios del señor de Malinalco.

Teocipactli apénas podia disimular su alegria.

Luego que se ocultó de la vista del oficial malinalca, tras un espeso carrizal, emprendió una ágil y rapidísima carrera en direccion á Chapoltepec.

LIBRO CUARTO.

GOLPE MAESTRO.

I.

El sol declinaba ya.

El horizonte aparecia enrojecido por los rayos oblicuos del astro rey, que casi se ocultaba entre los mil celages de grana y oro de un crepúsculo hermosísimo.

Desde hacia casi dos horas que Huitzilihuitl y Quauhtlequetzqui presidian una junta reservada en la residencia del rey de los aztecas.

Los consejeros asistian, y Teoctpactli habia dado cuenta de su fructuosa comision.

Quauhtlequetzqui, cuando fué apostrofado, tomó la palabra y dijo, dirigiéndose á Huitzilihuitl:

—Señor, gran señor, poderoso señor, por la relacion de Teocipactli, sabemos qne todo está convenido.

Vuelvo á repetirte que mi vida, si peligra, es la ofrenda que hago por la felicidad de tu reinado y el bienestar de la querida nacion azteca, á la que me honro de pertenecer.

El plan que me he propuesto, lo he desarrollado ante tu gran sabiduría y la de tus ilustres consejoros, y ha merecido la general aprobacion.

No hay que abrigar temores de una desgracia; he dado mis órdenes ya á Ocelotl y sus bravos mexicà, y yo estoy dispuesto á poner en juego los recursos de mi alma y los esfuerzos de mis robustos brazos.

Tengo fé ciega en que el más feliz éxito coronará mi empresa, y solo fiado en esto, me atrevo, ¡oh gran rey! á pedirte una especial merced.

—Habla, Quauhtlequetzqui, dijo Huitzilihuitl, satisfecho del patriotismo é ingenio del resuelto azteca; que eres merecedor de lo que pides.

—Señor, prosiguió el sumo sacerdote, tú no ignoras que por algun tiempo fuí tu enemigo;

que ambicioné tu poder, porque hacia sombra al mio: esto es expresarme con la ruda franqueza de los momentos supremos; pues bien, deseo aquí, ante esta ilustre asamblea, darte un testimonio de mi respeto, fidelidad y obediencia; deseo tambien que se sepa igualmente, que el sumo sacerdote, Quauhtlequetzqui, no tiene, ni acepta rencillas que debiliten la unidad de la nacion azteca, ni fomenta rencores ambiciosos que nulifiquen la accion rigurosa de los nobles y patrióticos mexintzin, sino que de una vez para siempre, ¡oh grande y poderoso rey! te reconozco como único gefe de los mexicá, y te ruego que aceptes mis respetos, porque solo tú eres el que representa el poder, la felicidad y la grandeza de la esclarecida nacion azteca.

¡¡Honor á Huitzilihuitl!!

Y al concluir, se prosternó ante el sólio del rey de los mexintzin.

Huitzilihuitl se puso en pié, levantó á Quauhtlequetzqui, y desprendiendo con su mano un puñal de durísimo itstli, engastado en un puño de oro, salpicado de esmeraldas y rubíes, lo entregó al sumo sacerdote con estas palabras:

—Aquí tienes, noble y valeroso Quauhtlequetzqui, esta pequeña muestra de mi afecto, y de la estimacion que mereces; algun dia la na-

cion comprenderá el riesgo á que te espones por salvar al pueblo azteca.

Este puñal, acaso te será necesario en la peligrosa empresa que vas á acometer. ¡Ojalá que manejado por tu brazo vigoroso, conjure la tormenta que amenaza descargar sus furores sobre Chapoltepec.

—A mucha honra tengo, noble rey, que fijes tus miradas en mí y hagas por mi nulidad esta pública manifestacion de estima, que me enorgullece. Procuraré ser digno de tu cariño y de la gran nacion que me cuenta como hijo.

Me alejo ya, porque es tiempo de disponerme á partir, para conjurar los peligros de la situacion, ú ofrecer mi vida en holocausto por el bienestar de la nacion.

Un murmullo de admiracion y alegría, acogió las valientes frases del sumo sacerdote.

Poco despues se habia disuelto el consejo.

II.

Apénas las primeras sombras de la noche comenzaban á volver informes los objetos y á invadir con su impalpable neblina los espacios ce-

lestes, varios barcos se destacaron de la orilla del lago, próxima á Chapoltepec.

Se iban deslizando sin hacer ruido, sin mover los remos, sino bajo las líquidas ondas, y no dejando ver más que un remero en cada una, al parecer pobre pescador, que se internaba al lago para lograr buena suerte.

La direccion de las barcas se enderezó luego á la isla de Tlacomoco.

No tardaron mucho en arribar.

Un remero desembarcó.

Cualquiera al verlo lo tomaria por un miserable pordiosero, que sacaba de la pesca su exiguo alimento.

Con el aire más bonachon del mundo, se puso á cantar una cancion monótona del país, y en el entre tanto á reconocer el islote en todas direcciones.

Cuando volvió, imitó el graznido del cuervo y al momento, de las barcas atracadas á la orilla, saltaron á tierra unos cincuenta hombres, bien armados á la usanza azteca.

Uno de ellos se adelantó al que habia llegado como explorador, y le dijo:

—Está solo, ¿no es así, Teocipactli?

—Sí, mi amo y señor Quauhtlequetzqui, repuso éste, bien calculaste la venida. Los colhuas

mañana temprano estarán aquí, pero será tarde. Conviene ahora que dispongas la ocultacion de los guerreros, para no alarmar á Copil.

—Es verdad; fio en tu penetracion; anda, prepara los escondites, y dile á Ocelotl, que yo me voy á aquella eminencia que forma ese peñasco de enfrente, donde está aquella cabaña de juncos, por ver cuándo viene el señor de Malinalco; que recuerde que la seña convenida es un gran grito que daré, para que ataque á los malinalcas: y por último, que si Azcaxochitl huye, se la persiga y aprehenda, sin hacerla mal, porque es prisionera que me pertenece.

Anda y cumple.

El *quimichin* se alejó hácia los aztecas, que formaban varios grupos junto á las barcas, y Quauhtlequetzqui subió á la eminencia que habia señalado.

Así pasó algun tiempo.

III.

La noche habia estendido su sombrío manto, sembrado de rutilantes estrellas, sobre el hermoso valle del Anáhuac.

Las brisas nocturnas traian el perfume de las flores en sus alas imperceptibles, y hacian doblegarse suavemente los juncos y los débiles tallos de las plantas.

Sus dulces gemidos semejaban esos ayes lastimeros del moribundo que agoniza, ó el murmullo cadencioso del límpido arroyuelo que se desliza por entre flores y céspedes.

Ningun otro rumor se escuchaba.

Sobre la roca y junto á la cabaña, se veía una sombra parecida á un tronco de árbol seco y sin ramas.

Este era Quauhtlequetzqui.

Su corazon ansiaba el momento de obrar.

De improviso se oye un ruido sordo y acompasado, aunque ténue. El sumo sacerdote se replegó, se arrastró contra la roca, como un jaguar que percibe su presa, y sus ojos brillantes y animados se fijaron en unos bultos que se destacaban apénas en el tranquilo espejo del lago.

¡El es! dice, y presuroso se bajó de la eminencia. Teocipactli le salió al encuentro.

—¿Vienen ya? preguntó conmovido el *quimichin.*

—El es, repitió el sumo sacerdote, como si hablara consigo mismo.

Luego fué á sentarse en un pequeño arrecife, que formaba el fondeadero.

Ahí, se envolvió en su tilmatli y aguardó con una calma y una serenidad envidiables.

Las barcas habian desaparecido entre los tulares de la orilla, y solo tres verdaderas piraguas, de corteza de árbol, que no contenian cavidad más que para una persona, se balanceaban atadas á unos juncos. Tres miserables pescadores estaban dentro de ellas. Su aspecto revelaba su pobreza, y su idiotismo quitaba todo temor de que sirvieran para otra cosa, que para echar el anzuelo.

IV.

Poco tiempo pasó asi, cuando se acercaron una veintena de chalupas, en las que se veían varias personas.

Una barca más grande se apareció á la orilla, la primera.

Saltaron algunos hombres, y poco despues brillaron las luces de unas teas de ocote.

A su luz rojiza percibió Quauhtlequetzqui el semblante vulgar de Copil y las encantadoras formas de Azcaxochitl.

Un destello sombrío partió de sus ojos, fijos con la tenacidad de la pantera, en los graciosos contornos de la bella hija del señor de Malinalco.

—Ella, ella y siempre ella, murmuró con voz profunda. ¡Qué hermosura tan deslumbrante! ¡Con justa razon me ha vuelto loco! Justifico el entusiasmo de Teocipactli, cuando la comparó con la diosa Mixcoatl..... Pero ahora es mia, ó, por Huitzilopoxtli, muero en la empresa.... Veremos, ya es hora de que me presente.

V.

Las teas alumbraban perfectamente el sitio, y sus resplandores, reflejándose en los quebrados cristales del lago, formaban una verdadera ráfaga rutilante de incandescente ignicion.

Los pescadores aztecas ni los ojos levantaban; de suerte que el señor de Malinalco no alimentó recelo al ver sus semblantes estúpidos.

Copil y su hija saltaron á tierra, y apénas el señor de Malinalco se volvia para investigar si habia más gente en el islote, el sumo sacerdote

azteca se puso á su frente, y se prosternó con una reverencia profunda.

Copil fijó en él su mirada altiva; no temió, porque se vió rodeado de guerreros, y por lo mismo, levantando la voz, díjole con marcada ironía:

—De cuando á acá, ilustre azteca, te doblegas tú, sin gracia, ante un enemigo?

Quauhtlequetzqui, sin hacer caso del insulto, contestó:

—Mi noble rey, porque no temo darte este dictado, que pronto sancionará el voto unánime del pueblo azteca; aquí me tienes en la manera que un esclavo debe estar delante de su señor; espero tus altas órdenes, para que no perdamos un tiempo precioso, tanto más, cuanto que el frio de la noche en este despoblado, no sea que dañe á tan adorable princesa, como es Azcaxochitl, la del *tlacochtli de oro*, que te acompaña...

Allá en aquella eminencia está una cabaña de juncos, habitacion, sin duda, de algun pobre pescador, que la ha abandónado.

Vamos allá para librarte del cierzo inclemente, que comienza á soplar aquí.

—Echa á andar, que ya te seguimos, se contentó con decir Copil, tomando de la mano á su hija, para prestarle apoyo.

—No tengas cuidado, Azcaxochitl, dijo en voz baja Copil; este miserable ha venido solo, y sacaremos de él todas las ventajas que deseamos.

—Ojalá, padre mio, repuso la jóven; tengo mil deseos de acabar con ese nido de buitres.

—Pronto será así, hija mia.

VI.

Esta conversacion no se escapó al perspicaz Quauhtlequetzqui, quien, sonriendo de una manera feroz, dijo entre sí:

—Guárdate, guárdate, cobarde, de caer en mis garras; pronto veremos si tu corazon está bien formado.... pero en fin, este zote de nada sirve; la bella diosa que lo acompaña, es una hermosura que enloquece; ella será mia, sí; no hay poder humano que resista el empuje de mi brazo y los deseos de mi alma.....

Ya más ántes he hecho un enorme sacrificio, sofocando mi ambicion y abdicando mis pretensiones al trono de los aztecas, que ha sido mi constante delirio, porque jamás quiero ser causa de la ruina de mi nacion; he sufrido demasiado al tributar homenage de respeto y acatamiento

á Huitzilihuitl, como representante legítimo de los metzinzin; mas por ahora, á nadie pertenece esta pura beldad que me fascina. Yo he trabajado para atraerla, y justo es que sea solo mia. Ella será el brillante despojo de mi heroicidad...

Nadie, nadie me lo podrá arrebatar, sin dejar la vida entre mis manos.

Al llegar aquí de este interesante monólogo, el sumo sacerdote dominaba la cumbre del peñasco, cuya base lamiran las inquietas olas del lago.

Volvióse á esperar al señor de Malinalco y á su hija, quedando en pié á la entrada de la choza.

VII.

Copil, rodeado de guerreros, llegó á la cabaña.

Un petatl tapizaba el desigual pavimento de la miserable choza.

Los accidentes del terreno formaban naturalmente un banco, en el que depositó un malinalca una gran sábana bordada de algodon de colores, y dos mullidos cogines.

Quauhtlequetzqui, de antemano escogió un punto que quedaba del lado de la entrada de la

choza y frente á Copil, y allí medio arrodillóse en una postura que quería parecer como el remedo de acatamiento, pero tambien podia ser el agazapamiento de la pantera que caza el tiro.

Los malinalcas clavaron teas en el suelo y cerca de la puerta desmantelada de la cabaña, y respetuosos se retiraron algo más abajo.

VIII.

Copil veia desde su asiento los penachos de los nobles y otros guerreros que velaban por su seguridad, y teniendo á Azcaxochitl á su lado, empuñando su tlacochstli, arma que sabia ella manejar á la perfeccion, poco temor le infundió lo demás.

Así las cosas, principió la conferencia.

—El *quimichin* que me has mandado, dijo Copil con altanería, me ha suplicado de tu parte, que me dignara concederte esta cita: ¿qué quieres? Habla, que la noche avanza, y no estoy por perder el tiempo con tan miserable interlocutor.

—Mi magnánimo señor, repuso con hipócrita humiidad Quauhtlequetzqui, inclinándose y po-

niendo su frente sobre la estera; hasta ahora mi corazon respira con entera libertad; despues de tan duro despotismo, puedo saber lo que es ser feliz; te veo, gran señor, y dudo de mi dicha; sí, noble señor, serás el rey idolatrado de los aztecas, te lo juro por Huitzilopoxtli.... sí.... felices nosotros..... ¡Ojalá mis hermanos se hallaran aquí, admirándote, gran señor!.....

—No creas, interrumpió con aspereza el hijo de Malinaxochitl, que he venido á molestarme para oir las espansiones nécias de tu imbécil alegría; muy poco me importa que estés contento; tratemos de lo importante, porque de lo contrario, te hago echar de cabeza al lago: en verdad poco se pierde con tu negro y ruin pellejo.

—Es muy cierto, mi poderoso amo y señor; tú todo lo puedes y yo nada valgo, pero..... en fin, ya procuraré salir de esta rudeza que me anonada.....

—Vamos al negocio, gritó con impaciencia Copil.

—Sea, señor y dueño mio, obedeceré tus soberanas órdenes, porque no reconozco ya, ni reconoceré toda mi vida, á otro superior que á tí...

—Pues bien, el *quimichin* me ha dicho, repuso el señor de Malinalco, con marcado desden, que tú te comprometias á abrirme las puertas

de Chapoltepec y á someterme toda la tribu azteca. ¿Es cierto esto, ó no?

—Sí, lo hago con gusto, porque seremos venturosos bajo tu sabio gobierno, evitando, por otra parte, la efusion de sangre mexicana.

—Veo, dijo con orgullo Copil, que parece que cifras en gran importancia tus viles oficios: te equivocas, porque si los acepté, es por obviar tiempo, porque sabes que tengo fuerzas suficientes para dominar esa turba de foragidos que has llamado nacion, y para pulverizar las chozas en que se guarecen.

—Sí, nobilísimo y poneroso rey, todo lo comprendo, y te repito que dispongas de mis inútiles servicios, porque lo tengo á insigne honor.

—Exijo, volvió á decir Copil sin cuidarse de las palabras sumisas de Quauhtlequetzqui, que me abras en la noche de mañana las puestas de Chapoltepec; tengo preparada la tribu á reconocerme; prisionero ya Huitzilihuitl, á quien no tocarás ni un pelo de la cabeza hasta que yo tenga á bien entregarlo á tu rastrera venganza.

Despues te largarás donde no te vea más.

¿Aceptas? dime con franqueza, para saber cómo debo obrar en lo sucesivo.

El sumo sacerdote se inclinó y dijo con lagotería;

—Tu boca es un oráculo de sabiduría, y tu brazo el rayo destructor de Huithilopoxtli.....

—A más, interrumpió Copil, si acepto los votos de la tribu azteca, esta me dará cien esclavos cada año para el servicio de mi palacio, y construirá las residencias que quiera yo que se me fabrique, y darán con exactitud el tributo que le fije.

—Lo que tú mandes, poderoso rey, repuso con acento sumiso Quauhtlequetzqui, sin levantar los ojos.

—Yo tambien quiero, dijo con brusquedad Azcaxochitl, algunas indias, hijas de los nobles de tu tribu, para que me sirvan.

El sumo sacerdote se atrevió á mirar al soslayo á la bella hija de Copil, y con toda verdad contestó:

—Espero, hermosa reina, que pronto sean obsequiados tus deseos, y yo seré muy feliz en coadyuvar á verte dichosa.

—Vil esclavo, gritó furioso Copil; tú te permites abusos en mi presencia, que castigaré cruelmente cuando sea tiempo; por ahora todo está concluido. Mañana tendrás dispuesta la entrega de Chapoltepec, y saldrás á recibirme con todos los homenages que sabes se merece un poderoso rey..... ¡Ea!..... vete, animal; no infectes

más la atmósfera que respira Azcaxochitl la bella.

Y Copil, con ademan altivo y orgulloso, señalaba la puerta al sumo sacerdote.

En este instante se verificó una revolucion en el semblante de Quauhtlequetzqui.

Levantó con fiereza la cara, en que brillaron con luz siniestra sus ojos, como ascuas, y erguiéndose repentinamente, acometió con violencia á Copil, derribándolo, al propio tiempo que con acento ronco lanzó un alarido y dijo:

—Sí, gran rey, te felicito, porque Huitzilopoxtli pide tu corazon, y se lo voy á dar.....

Y rápido apoyó su brazo izquierdo en el hijo de Malinalxochitl, y con la mano derecha, que empuñaba el puñal, regalo de Huitzilihuitl, le abrió diestramente un poco más abajo de la tetilla del lado izquierdo, extrayéndole el corazon que, aún humeante y destilando roja sangre, elevó al cielo, como ofreciéndolo á la divinidad invocada.....

Todo esto fué tan instantáneo, que la misma Azcaxochitl no pudo socorrer á su padre, ni la escolta malinalca tampoco, puesto que á más de la rapidez de los acontecimientos que hemos referido, cuando Quauhtlequetzqui arrojó el grito salvaje, al agredir á Copil, los aztecas, ocultos

entre los juncos y tulares, salieron y acometieron á los malinalcas, que, despavoridos, unos se embarcaron precipitadamente, aunque fueron hechos prisioneros á poco, y otros quedaron tendidos en el campo.

Un cadáver de atléticas formas se veia casi á la entrada de la cabaña: era el del valiente y fiel Cuetlachtli.

IX.

¿Qué pasó despues con Azcaxochitl? El primer sentimiento de la bella amazona, disipado apénas el estupor da la terrible escena que acababa de presenciar, fué el de venganza.

Furiosa se arrojó sobre Quauhtlequetzqui, pretendiendó traspasarlo con su *tlacochtli*. Todo fué en vano.

El sumo sacerdote no se intimidó, y secundado oportunamente por Teocipactli, la sujetó con la mayor suavidad posible, deslizándole al oido, con tierno acento, muy impropio, es cierto, de la situacion, estas palabras:

—Cálmate, bella diosa, no dañes tu fina y sedosa piel, ni descompongas con la rabia, tan en-

cantador semblante, que es el contento y el delirio de mis locos amores.....! te tengo pedida una cita, que me concediste; recuérdalo, y te he prometido que te servirán nobles aztecas, y lo voy á cumplir, porque creo que serás la codiciada esposa de Quauhtlequetzqui, el sumo sacerdote de los mexicâ, noble por excelencia, no lo dudes, hermosa ninfa, y el segundo personage de la nacion de los mexintzin.... ¡Calma, calma!.....

Y hablando así, con un finísimo cordon de algodon ató á la princesa, ayudado nuevamente por Teocipactli.

El frenesí que se apoderó de la hija de Copil fué inmenso, indescriptible.

—Mi sangre, azteca infame, te será más agradable..... Sí; mas teme, porque jamás seré tuya; mátame, porque si no..... tiembla, porque algun dia te haré pedazos, te traspasaré con mi *tlacochtli*..... Si me dejas con vida, peligra tu miserable existencia..... Mátame, asesino traidor, ó me mato yo.....

Y furiosa como una hiena se retorcia pretendiendo romperse el cráneo sobre el pavimento.

Una sonrisa sarcástica contraia el semblante de Quauhtlequetzq

—Te encargo, Teocipactli, dijo éste al *quimichin*, que cuides de esta bella niña, entre tanto yo concluyo mi trabajo. No hagas caso de sus dicterios y sus amenazas; es natural el desahogo y las imprecaciones; te suplico evites se golpée, porque el alma me duele al ver que mi querida Azcaxochitl desea morir.... sin duda por abandonarme. Cuídala, miéntras termino.

Y con una habilidad admirable y repugnante, se inclinó sobre el cadáver de Copil y con el cuchillo de itztli separó la cabeza del cuerpo, clavó la primera en una alta estaca fuera de la cabaña, y tomando el tronco lo precipitó al lago desde lo alto del peñasco.

El corazon de Copil, lanzado por Quauhtlequetzqui con fuerza, fué á sumergirse en las aguas del tranquilo lago, acompañado de estas palabras, que con ademan satisfecho pronunció el sumo sacerdote.

—¡Oh méxicas! con este sacrificio, queda enteramente complacido el divino Huitzilopoxtli, quien acepta nuestros presentes con bondad; él mismo mueve mis labios para anunciar que de este sitio consagrado por este holocausto, surgirá la grandeza futura de la noble y distinguida nacion azteca.

Los guerreros que le rodeaban oyeron con admiracion estos vaticinios, y su sorpresa llegó á su colmo cuando vieron saltar de la peña un raudal de aguas argentadas y cristalinas, como surtidor de perlas y diamantes, que siguió con volubilidad los accidentes del terreno en el declive, hácia el interior del islote.

Las leyendas agregan que esta fuente se llamó *de Copil ó Acopilco*, sin duda para perpetuar la memoria de este desgraciado príncipe, ó bien para datar la época más tormentosa de la nacion azteca, de donde debia surgir un más anchuroso y franco bienestar para el porvenir del país.

X.

Pronto comenzaron á asomar los primeros albores de la mañana.

El gorgeo de los selváticos zenzontles se dejó oir en las selvas, y el madrugador lanzó al aire sus trinos melodiosos.

Nada se veía en el islote que hiciera sospechar la terrible tragedia que acababa de toner lugar allí.

Los aztecas estaban ocultos otra vez entre los juncos, y Quauhtlequetzqui cuidaba, en union de Teocipactli, á la princesa Azcaxochitl, prisionera en la cabaña.

El poste que sostenia la cabeza de Copil, toda la noche sumergida en la oscuridad, con los primeros destellos matinales se iba distinguiendo poco á poco.

Un vigía que velaba cerca de la choza, anunció que unas barcas se dirigian á Tlacomoco.

Eran los colhuas.

Nadie se movió: al llegar á la orilla percibieron distintamente la cabeza de Copil, y alaridos de espanto salieron de sus pechos, y despavoridos pretendieron alejarse.

Quauhtlequetzqui entónces salió, se puso en pié cerca del poste, y dijo:

—¡Colhuas! la cabeza de Copil que alumbran los primeros albores de la mañana, presenciará la desgracia que os persigue, Huitzilopoxtli pidió el corazon del señor feudal de Atlnalco, y le ha sido ofrecido por mi mano.

¡Aztecas, á ellos! ¡y que no quede uno!

Los barcos de los aztecas se abalanzaron contra los de los atemorizados súbditos de Coxcox, é hicieron en los colhuas atroz carnicería.

Los pocos prisioneros que restaron de tan sangrienta matanza, fueron sacrificados en la cumbre del peñasco y ante la lívida cabeza de Cop il.

Uno que otro colhua, que pudo salvarse á nado, llevó la triste noticia al rey Coxcox.

El negocio estaba entónces concluido.

No tardaron en volverse á Chapoltepec: Quauhtequetzqui cuidaba, en union de Teocipactli, á Azcaxochitl y Ocelotl con sus guerreros.

Mil demostraciones de júbilo hubo en Chapoltepec; ensalzóse la astucia, la sangre fria y la audacia de Quauhtlequetzqui, el valor de Ocelotl, y la belleza marcial de Azcaxochitl.

Las auras del triunfo hacian flamear sobre los muros de la capital azteca, que coronaba el cerro de los Chapulines (1), el pendon de los bravos mexintzin.

(1) Lo que significaa *Chapoltepec.*

LIBRO QUINTO.

OJO POR OJO, DIENTE POR DIENTE.

I.

La victoria de los aztecas fué efímera.

El rey de los mexicanos y Quauhtlequetzqui creyeron que deshaciéndose de Copil, mataban en su cuna la liga formidable que los amenazaba. Pero se equivocaron.

La coalicion de los colhuas, malinalcas y demás pueblos del exuberante valle del Anáhuac, se ratificó y afianzó á instancia de los segundos, que ardian en deseo de venganza.

Numerosas huestes sitiaron á Chapoltepec, en el que se defendian vigorosamente los mexicâ, acaudillados por el impertérrito Huitzilihuitl.

El arrojo y la furia de los aliados se estrellaba en los muros de la capital azteca.

II.

En una casa próxima al palacio de Huitzilihuitl vivia el sumo sacerdote.

Desde la vuelta de la expedicion no salia más que para presidir los actos del culto y para animar á los combatientes y, en caso ofrecido, batirse con un ardor entusiasta.

Fuera de esto siempre estaba en su casa.

Y era porque la habia convertido en un nido de amor.

No obstante su edad, habia abusado de Azcaxochitl y en ella tuvo un hijo, que los historiadores llaman *Colhuatzantli*, tronco que fué, más tarde, de una esclarecida familia mexicana.

Quauhtlequetzqui procuraba captarse el aprecio, siquiera, de la princesa.

En vano.

Una fria reserva era la que obtenia.

Las caricias, los halagos, las amenazas y aún los duros tratamientos, eran iguales para el alma enérgica de Azcaxochitl.

Su aversion, el odio que profesaba al sumo sacerdote, hacia á éste desesperarse.

Si alguna vez palabras de amor xepresaban los labios de Quauhtlequetzqui, la princesa, ó no respondia, ó lo apostrofaba fieramonte, llamándolo *asesino*.

Por lo demás, una tristeza mortal bañaba de continuo el hermoso semblante de la hija de Copil.

Teocipactli era su guardian.

Y en verdad que cumplia escrupulosamente con su encargo.

III.

Una noche llegó el *quimichin*.

Saludó á la princesa. Esta, á más de devolver á Teocipactli sus espresiones de afecto, se apresuró á levantarse para salir al encuentro de su carcelero, dibujándose en su lindo semblante una sonrisa fascinadora.

—¿Por qué estás tan contenta ahora, bella Azcaxochitl? dijo Teocipactli. ¿Tendré que felicitarme porque ya entraste en razon?

—Cabalmente, repuso la princesa dejando ver en su semblante un tinte de melancolía; eso es lo que sucede; he reflexionado que soy una nécia, con acabarme la vida encerrada, cuando puedo ser feliz, libre, idolatrada y respetada.

—¡Oh! cómo me congratulo, señora, de que seas tan juiciosa, y no tardo, si me lo permites, en ir á poner tu condescendencia en conocimiento de mi amo Quauhtlequetzqui.

—Mira, Teocipactli, dijo la princesa posando la mano en el hombro del carcelero; no quisiera que lo hicieses, porque deseo darle una sorpresa. El creerá verme fria y altiva, y me le muestro tierna y apasionada..... ¿No te parece que se volverá loco de júbilo mi señor?

Teocipactli, algo desmoralizado por el contacto de aquella mano mórbida y torneada, quiso decir algo, pero no pudo.

—En efecto, agregó Azcaxochitl, quiero que te prestes á forjar la encantadora sorpresa que he ideado.

—Estoy á tus órdenes bella princesa, articuló apénas sin levantar los ojos Teocipactli.

—Pues bien, prosiguió la hija de Copil, mi deseo te lo explicaré detalladamente, para ver si es de tu aprobacion.

El *quimichin* sudaba á mares. Ni en los mayores peligros de su vida se habia emocionado tanto, como al frente de aquella mujer, cuyas miradas le hacian estremecer.

—Mi pensamiento, continuó Azcaxochitl, es vestirme el traje con que me hicieron prisionera, empuñar mi tlacochtli y cuando Quauhtlequetzqui esté, mañana, batiéndose en las murallas, presentármele y premiar su valor en público, con mis caricias, combatiendo á su lado. ¿Qué te parece?

—Bien, muy bien, murmuró Teocipactli; pero.....

—¿Qué? ya te comprendo; crees que el sumo sacerdote se irrite contra tí porque me has franqueado la salida; mas debes tranquilizarte, cuando sabes que con una palabra mia, caerá á mis piés adorándome. De mi cuenta corre que nada sufras. No vaciles, y trae pronto mis ropas y *tlacohtli* de oro.

Teocipactli no pudo resistir y obedeció,

IV.

El siguiente dia se inauguró conun asalto furibundo, dado por los aliados.

Los empujes fueron poderosos, aunque estériles.

Multitud de cadáveres sembraban el terreno. La resistencia de los sitiados, sobrehumana casi, rechazó los ataques rudos de sus contrarios.

Estos, empero, no desistieron, al contrario, arrojando gritos destemplados de rabia, renovaron el ataque.

Todos los aztecas disponibles se batian y aún las mujeres y los niños tiraban flechas, piedras y agua hirviendo.

V.

Quauhtlequetzqui, en momentos tan críticos, se hallaba batiendo como un simple soldado, y animando á los guerreros mexicas.

Huitzilihuitl peleaba en el lado opuesto de la muralla con un ardor y un éxito notables.

De repente aparece una muger en el parapeto, donde se hallaba Quauhtlequetzqui.

Su aire marcial y su belleza la volvian encantadora.

Blandia en su diestra mano un *tlacochtli* de oro.

Avanzó sin temor por el crestón de la muralla, sin hacer caso, no de las flechas que zumbaban siniestramente en el aire, ni de las piedras que se estrellaban en el muro.

Su porte firme y su andar lijero le atraian la admiracion de los sitiados y sitiadores.

Aproximóse con una calma espantosa al sumo sacerdote.

Este, tan ocupado estaba en batirse, que no observó la llegada de la amazona.

Cuando se halló á dos pasos de Quauhtlequetzqui, se detuvo, y con ademan resuelto y voz vibrante le habló así:

—Quauhtlequetzqui, aquí me tienes; soy la personificacion de tus remordimientos; ha llegado el dia de la venganza..... ¿Recuerdas? En momentos de cruel dolor para mí, te dije que si me dejabas con vida, peligraba tu miserable existencia..... Hoy cumplo mi promesa; defiéndete.....

El sumo sacerdote, léjos de cuidarse, se turbó y aún ántes de que pudiese cubrirse con su *chimalti*, lanzó la primera su *tlacochtli* de oro con tanta fuerza, que le traspasó el corazon.

Quauhtlequetzqui lanzó un lastimero alarido, y abriendo los brazos se desplomó para no levantarse más.

Su muerte habia sido instantánea. Tan extraordinario acontecimiento llamó la atencion general.

Azcaxochil, sin curarse en lo más mínimo, se inclinó, desprendió la flecha del inanimado cuerpo de Quauhtlequetzqui, y tranquila y con reposado paso se volvió á su residencia.

No volvió á salir más.....

.....

Dos meses despues Huitzilihuitl asistió en el atrio del Teocatli á las ceremonias de la inhumacion de un cadáver.

Era una mujer ricamente ataviada, todavía hermosa á pesar de la lividez que la muerte estampara en su semblante. Formóse la pira de materias combustibles, en que debia quemarse el cadáver, segun las costumbres aztecas.

Los sacerdotes entonaban cantos fúnebres, matándose allí mismo el techichi (1), que debia compañar al que moria, en su peregrinacion.

Despues fueron recogidas sus cenizas en una copa de olorosa madera, y se guardaron allí los pasaportes, la vasija con agua, y los comestibles

(1) Especie de perro doméstico.

que servian para el viaje del difunto á las regiones deliciosas de Tlalocan (1).

Púsose tambien una insignia de su categoría, Esta era un *tlacóchtli* de oro.

Y se verificó, luego que se cerró la caja, el depósito de ella, con las ceremonias de estilo, en el lugar designado para su sepulcro.....

.....

Cerca de aquel sitio, un recien nacido lloraba débilmente en brazos de una nodriza, y sus ténues vagidos se unian á los alaridos de los que gemian.

Aquel cadáver habia sido el de la valiente amazona Azcaxochitl. Aquel niño tierno era Cohuatzontli, el hijo de Quauhtlequetzqui.

---

(1) Sitio fresco y ameno en donde residia Tlaloc, dios del agua, y en el que debian disfrutar de toda especie de placeres.

EPILOGO.

I.

¿Qué suerte corrió Huitzilihuitl?

Completaremos este triste cuadro, presentándolo complementado, á grandes rasgos, á fin de que no se trunque el interes histórico de esta época.

Despues de la muerte de Quauhtlequetzqui, el sitio se estrechó de una manera rigurosa; pero no por esto cedieron los mexicas.

La resistencia era cada dia más vigorosa, y los aliados no hacian sino desesperarse al palpar la inutilidad de sus ataques.

Entónces ocurrióles á los sitiadores retar para batalla campal á los aztecas, dándoles á entender que eran cobardes si no aceptaban.

Huitzilihuitl y su consejo decidieron admitir el desafío, y esta determinacion fué acogida con entusiasmo por el pueblo.

. . . . . .

II.

Alistaron todas las tropas que estaban en disposicion de batirse, y en numerosa hueste salieron de Chapoltepec, dejando la ciudad al cuidado de los ancianos, las mujeres y los niños.

Cuando los aliados los vieron fuera, los atacaron al propio tiempo que otras fuerzas de reserva se dirigieron sobre Chapoltepec.

Trabóse en la llanura sangrienta batalla, y en Chapoltepec el primer impulso de los asaltantes se estrelló ante el valor desesperado de los sitiados.

III.

Los aliados que atacaban á Chapoltepec, para desarmar á sus contrarios, les hicieron creer que el rey de los mexicas y sus valientes tropas ha-

bian sido derrotadas, y aun tiraban sobre las murallas cabezas mutiladas de aztecas.

Igual ardid pusieron en planta en la llanura, diciendo á Huitzilihuitl y á sus tropas, que Chapoltepec habia sido tomado; pero ninguno de estos embustes surtió el efecto que los aliados se proponian; ántes bien, los de la ciudad y los del campo, juzgándose respectivamente aislados, se batian con denuedo y bizarria desesperados.

IV.

Así pasó algun tiempo.

El combate de la llanura siguió encarnizado.

De improviso los aliados prorumpen en alaridos de gozo, señalando un punto en el horizonte.

Densas columnas de humo se destacaban como el cráter de un volcan.

Chapoltepec ardia.

¡¡¡Habia sido tomado!!!

El desaliento y la desmoralizacion se introdujeron en las filas de los aztecas.

Millares de guerreros murieron, unos sucumbiendo á los golpes de los vencedores, y otros

ahogados en la laguna, al emprender su fuga por este punto.

V.

Entre la espesura de un monte cercano, aún se veia poco despues de la derrota un grupo de guerreros que se batia denodadamente.

Entre ellos se distinguia al arrogante Huitzilihuitl, sembrando la muerte con la punta de su terrible maza; al intrépido Ocelotl, que girando su macahuitl con rápida violencia, no dejaba acercarse á ningun colhua ni malinalca, sin que pagara con la vida su arrojo. Ambos defendian á dos mugeres: la una jóven y bella, y la otra de edad provecta y de aspecto venerable. La primera era hija del rey de los aztecas, y la segunda su hermana.

Cerca de ellas, Teocipactli tenia en los brazos an pequeño infante.

Este era el hijo de Azcaxochitl, Cohuatzantli.

El tierno niño dormia entre aquel caos de muerte y sangre, con una tranquilidad dada solo á la inocencia.

VI.

—¿Qué hacemos, Ocelotl? dijo Huitzilihuitl sin dejar de pelear bravamente.

—Esta situacion es desesperada, mi gran señor, repuso el general, abriendo con un furibundo golpe el cráneo de un colhua que se habia puesto á tiro; yo te suplico que procures huir, y yo moriré, si necesario fuere, para proteger tu fuga.

—Eso no es posible, querido Ocelotl; vé que se salve ese desgraciado niño, mi hija y mi hermana; dá órdenes á Teocipactli que se evada con ellos. En el entre tanto cargaremos sobre estos infames, para hacerlos replegar y abrir un camino.

VII.

En efecto, se dió el empuje, cedieron los aliados ante su desesperado ímpetu, y Teocipactli huyó, llevándose á Colhuatzantli; pero no fué

dable librar á las dos mugeres, que cayeron prisioneras.

Huitzilihuitl dió un rugido de rabia, y se precipitó como un tigre hácia el punto en que retenian á las prisioneras los triunfantes aliados.

Pero el número de enemigos aumentaba y volvia muy difícil la empresa.

Ocelotl cayó traspasado de un flechazo, sin dar siquiera un grito. Le habian traspasado el corazon; los demás guerreros huyeron, y el rey fué hecho prisionero.

Huitzilihuitl, con los ojos inyectados, las fauces secas y ardientes, dejando escapar roncos é inarticulados alaridos, se debatia entre sus opresores, como el leon soberbio que por vez primera cae en las redes del cazador. Mas el número triunfó.

VIII.

La historia agrega que desnudos Huitzilihuitl y las dos princesas fueron conducidos á la corte de Colhuacan, en donde se les hizo morir bárbaramente, sin duda para vengar en ellos la muerte de Copil y la captura de Azcaxochil.

No contentos con esto los aliados, destruyeron la ciudad de Chapoltepec, redujeron á servidumbre á las mugeres y á los niños, vendiéndolos como esclavos.

Un erudito compilador (1) inserta, con motivo de esta catástrofe, el canto de Mateuchtli, noble señor azteca, que deploraba los desastres de su nacion, con estas sentidas expresiones:

"Chapoltepec ha sido testigo de nuestras desdichas: sus muros, hoy desiertos, han resonado con el choque de las armas; y mientras consumia el incendio sus techos, cuatro sitios diversos presenciaban la derrota de nuestros guerreros. Despues de haber triunfado en uno y otro combate, Huitzilihuitl, vencido á su rey, fué á Colhuacan á morir en cautiverio."

FIN.

(1) El apreciable Sr. D. José María Roa Bárcena.

INDICE.

	Págs.
Libro primero.—La traicion.....	5
Idem segundo.—Maquiavelismo diplomático.....	46
Idem tercero.—El zorro en el garlito...	69
Idem cuarto.—Golpe maestro.....	87
Idem quinto.—Ojo por ojo, diente por diente.....	110
Epílogo.....	119

EPISCOPADO
MEXICANO NACIONAL

PEQUEÑA RELACION POR ÓRDEN CRONOLÓGICO
DE LOS ILMOS. SRES. OBISPOS
NACIDOS EN EL SUELO MEXICANO QUE HAN GOBERNADO LA IGLESIA
EN SU PAIS
Y LOS QUE FUERA DE LA PATRIA LA HAN GOBERNADO
EN OTRAS NACIONES

ESTRACTO FORMADO

POR

MANUEL GARCIA Y MOLEDA

Socio de la "Cruz Roja" en España.

—

LEON, 1884.

MÉXICO
TIP. BARREDILLO Y COMP.—MONTEALEGRE 17.
1884

Legajo No 30.
2 - 7 - I4.

EPISCOPADO
MEXICANO NACIONAL

AL SR. LIC.

D. AGUSTIN T. MARTINEZ,

REDACTOR DE

"LA VOZ DE MEXICO,"

LEON, OCTUBRE 31 DE 1884.

Manuel García y Moyeda.

DEDICATORIA.

En un pequeño cuaderno he formado una noticia cronológica de los Ilmos. Señores Obispos que han gobernado la Iglesia Mexicana, desde los primeros años del Cristianismo en nuestra patria, exeptuando á los dignísimos hijos de España que fueron los primeros en darnos religion, por ser mi objeto enteramente *Nacional.*

Al concebir la idea de hacer esta recopilacion, estracté sólo los nombres y los años de su Admon. pastoral en cada una de las Diócesis respectivamente; pero me pareció muy insignificante este pasatiempo, por lo que me propuse darle el giro que tiene y siempre

presentarlo á Vd. como lo pensé desde el principio, en señal de adhecion y afecto.

No carece de defectos, pues en ningun escrito podrán verse tanto; pero cuento con que su bondad podrá corregirlos con su conocimiento exacto en la materia y su claro talento, enmendando las faltas históricas que contenga.

Es natural que amando tanto á mi bella ciudad de Leon, consagre á ella y su digno clero este trabajo, depositándolo en Vd. como una prueba de afecto sincero.

Leon, Noviembre 7 de 1884.

MANUEL GARCÍA Y MOYEDA.

EPISCOPADO MEXICANO NACIONAL.

Pequeño es el trabajo que he emprendido para formar las presentes notas cronológicas, que no habría podido hacer sin la vista del catesismo del Señor Vera.

Bien querría por mi parte estractar aquí las mayores virtudes de nuestros respetables Diocesanos que han gobernado la Iglesia Católica apostólica romana en el nuevo mundo de Colon; pero lo poco que he visto y mi incapacidad para escribir materia tan ardua, me privan de la satisfaccion de ser útil al objeto que me propongo.

Mucho servirá á la historia político-reli-

gioso-social, que plumas bien dirigidas nos den algun dia no muy lejano acaso, noticias extensas biográficas de cada uno de los Ilmos. Sres. Obispos que nacidos en México, no puedo señalar aquí ni siquiera la fecha de su nacimiento, pudiéndose hacer esto excitando á los curatos en que han recibido su bautismo, que den á las Diócesis respectivas informes sobre el particular.

Tomándolos de un libro que me fué regalado por el Sr. J. E. Hernandez y Dávalos, comienzo mis apuntes de cada una de las capitales Diocesanas con datos históricos de su fundacion.

Ojalá sean estos apuntes útiles de alguna manera á mi patria y mis conciudadanos.

MANUEL GARCÍA Y MOYEDA.

DESCUBRIMIENTO DE MEXICO.

Con motivo de un naufragio que sufrió en en 1511 el Diácono D. Gerónimo de Aguilar fué el primero que pisó el territorio mexicano.

Yucatan fué descubierto en 1517 por el capitan D. Francisco Hernandez de Córdoba, comerciante de Cuba, quién, segun Tovar, edificó en la costa de la península la primera Iglesia parroquial del país. Vino con él, en clase de capellan, el Padre D. Alonso Gonzalez, natural de Santo Domingo, quién bautizó dos yucatecos llamándoles: Julian y Melchor, siendo éstos los primeros mexicanos que recibieron las agus bautismales.

Habiendo tomado á México D. Fernando

Dávila y D. Antonio Quiñones para que expusieran al Emperador del éxito de sus conquistas y la necesidad de Obispos y otros prelados, que estableciesen aquí LA RELIGION CATÓLICA.

Esto demuestra, tanto el espíritu religioso de España, como el principio de que la religion es la única base sobre que deben sentarse todos los gobiernos, cuando sin religion no hay ni puede haber nada estable.

amanecer se preparaba con dos horas de oracion mental para celebrar el santo sacrificio de la Misa todos los dias, que se hallaba sin legítimo impedimento, con tanto respeto y devocion que duraba una hora y derramándo copiosas lágrimas y cuando no la decia, la oia en su Oratorio las rodillas en tierra sin tapete ni almohada, con singular atencion y devocion, quedándose despues de ella en una oracion muy larga.

Daba audiencia á todos, sin que fuese menester solicitar los porteros porque no los tenía. A todas horas estaba abierta la puerta para cuantos querian hablarle; las materias de gracia concedia luego, y en las de justicia, sentenciaba con tanta atencion que no le movieron ni ruegos ni intercesiones, ni dependencia de mundo para sentenciar en contra de lo que tenía entendido, que disponian las leyes y razon, saliendo todos contentos y edificados. Muchas veces administraba el sacramento de la Penitencia, el Santo Viático y la Extrema-Uncion. Predicaba con frecuencia. Tenía gran respeto á su clero, tanto que sus faltas las corregia secretamente para evitar que los seglares los desestimasen. Deseoso de procurarse ministros, el mis-

mo enseñaba á los niños de las principales familias el latin, con tanto empeño como si esta fuera su única ocupacion. Un Prelado tan santo debia pasar por el crisol de la tribulacion, y no tardó el enemigo malo, en sembrar la discordia entre el pastor y las ovejas.

Comenzó con grande celo la reforma de su clero, llevándola tan de veras, que no le pudieron hacer retroceder de lo comenzado, ni amenazas, ni disgustos que le hacian, ni recursos á los tribunales civiles; por todo rompia, por no romper con Dios y su conciencia: pero como para el mundo no hay cosa tan sensible, como tratarle de su reformacion, se levantaron contra el buen Obispo, convocándose unos á otros, los lastimados y sus dependientes capitaneados por un alcalde ordinario de ciudad, que era uno de los más interesados en el buen zelo de su pastor y temia su sentencia. Este alcalde amotinando la gente, y acompañado de muchos indios armados, llenando el aire de voces y la ciudad de ruido y escándalo, fué á la casa episcopal con intencion de prender y embarcar al S. Guerra para España; hallábase su capellan en una ventana y como vió venir al alcalde, y que él y los

que traía consigo venian diciendo á gritos, mueras al Obispo, cerró las puertas, y dió aviso del tumulto á su señor, que luego se vistió de pontifical y con su báculo y mitra, les salió al encuentro y mandando abrir las puertas, entrando con gran tropel el ejército sacrílego, les dijo aquellas palabras, que el Divino Salvador á los sayones, conducidos por Júdas para prenderle: ¿Á QUIÉN BUSCAIS? YO SOY. Pasmáronse al principio, pero luego le prendieron y poniendo en su pastor sacrilegamente las inícuas manos, como hombres enfurecidos y poseidos del diablo, le derribaron la mitra, le despojaron del báculo y le rompieron las vestiduras sagradas y hecho este sacrilegio, le llevaron al rio Paraná, y embarcándole en una balsa, que tenian prevenida, echaron aguas abajo del rio, acompañándole el alcalde con alguno de los suyos para guarda de su persona.

En este viaje, que duró algunos meses, el buen Obispo sufrió muchas descortesías é injurias de los que le acompañaban, y tanta necesidad del cotidiano alimento, que llegó muchas veces á punto de espirar de hambre, y sin duda así habria sucedido, si Dios, que no sabe olvidarse de los suyos, movió al co-

cinero mismo del alcalde, el que con gran secreto, le daba alimento, aunque escaso.

Al fin llegaron al puerto de Buenos-Aires, y tomando el Señor, que hasta entónces habia estado sufriendo, la mano en la venganza de su siervo, quitó la vida repentinamente al alcalde y por el mismo arancel castigó á los culpados en su prision, con que se halló en Buenos-Aires sin que hubiese uno, ni ninguno que se querellase de él, ni quien diese razon de haberle preso, ni dijese contra sus procederes la menor acusacion.

Desde aquí escribió á su Magestad renunciando el Obispado y pidiéndole licencia para volverse á su celda, y á su convento de Lima, pero la respuesta fué, despues de haber castigado á cuantos intervinieron en la prision de su Obispo, promoverle al Obispado de Michoacan, lo que se confirmó por Clemente VIII en el consistorio de 9 de Marzo de 1592.

"Recibido este despacho se puso luego en camino para Lima, adonde se aposentó en su querido convento, y el dia que llegó á él, dijo, con los ojos bañados en lágrimas y sollozando en presencia de todos sus religiosos, que no estaban ménos tiernos: DICHOSOS TRA-

BAJOS, PUES POR ELLOS ME HALLO EN ESTE SANTUARIO. Los padres que le alcanzaron se espantaban y daban gracias á Dios de ver á un viejo de más de 70 años tan flaco, que no tenia sino la piel pegada á la armazon de los huesos, levantarse á media noche á maitines, y por no ser penoso á su comunidad, ponerse á rezarlos aparte á un lado del coro, con su capellan. Quedarse despues de ellos, en la Iglesia hasta las cuatro de la mañana en oracion; decir Misa á continuacion; comer pescado en el refectorio, como si fuera uno de los frailes: vestir lana á raíz de las carnes, dormir entre dos frazadas, y estar como tapiado en su celda en un contínuo silencio: y todo esto con una uniformidad que no discrepaba un punto.

"Hizo órdenes generales en Santo Domingo de Lima, y el Viérnes Santo cantó la Pasion, por habérselo rogado los prelados por que toda la ciudad deseaba oirle, por la fama de su voz, y teníala todavía entera y tan sonora y en esta ocasion tan dulce como suave de modo que enterneció á los oyentes, y derramaron muchas lágrimas de devocion y el Señor Obispo tantas, que algunas veces se suspendia y paraba, faltándole los alientos para continuar

las cláusulas, porque se lo impedia la ternura del afecto.

Allí permaneció hasta la Pascua de Pentecostés, y el 25 de Julio de 1592, desembarcó en Acapulco, donde fué recibido por algunos de sus clérigos que le esperaban. Era tanta su modestia que cuantos le miraban se edificaban. Llegó á Valladolid (hoy Morelia) y en el primer sermon que oyó en San Agustin, donde estaba su Catedral, el predicador al darle la bien venida le dijo, que si en el Paraguay habia sucedido á un santo, allí á tres y en especial al inmediato Sr. Medina Rincon. Palabras que le quedaron muy impresas, trató de conseguir la cama de dicho señor y en ella durmió y en el mismo sitio, para tener así un continuo despertador para la buena vida que debia imitar y la feliz muerte que debia desear.

Así lo hizo hasta que murió, teniendo la vida en gran paciencia y la muerte en mayor deseo.

Pretendió que los dominicos fundásen algunos conventos en su Obispado, donde no llegó á haber ninguno, ofreciéndoles grandes limosnas y comodidades para ellos más no se acudió á su deseo, y por lograrlos el V. Obis-

po trató de fundar á su costa un monasterio de religiosas con advocacion de Santa Catalina de Sena á la que tenía gran devocion; puso tanta solicitud y cuidado en este asunto, que el mismo año de 1592, luego que llegó á su Obispado, dió principio á la fábrica en que gastó más de veinte mil pesos. Para el edificio espirtual pidió al Sr. Obispo de Tlaxcala D. Diego Romano (1) le enviase cuatro monjas de conocida virtud del convento de Sta. Catalina de Sena de Puebla, para fundadoras, las que fueron servidas y regaladas por el Dean de Michoacan, que para esto le habia enviado el V. Obispo hasta Puebla. Con estas cuatro religiosas y dos sobrinas del Sr. Guerra se fundó el Convento de Santa Catalina en la ciudad de Valladolid, donde entraron muchas doncellas nobles y florecieron mucho la virtud y la santidad, y con ser que estuvieron sin domínicos, les han tenido tal afecto que perseveran en profesar las constituciones y el rezo de la religion dominicana. En esto y otras limosnas gastaba el V. Obispo la ha-

(1) El Dr. Romero en su Estadistica de Michoacan, hablando de este prelado dice, que las fundadoras vinieron de Guadalajara, (lo cual no me parece en razon que estaban acabando de fundar el convento) y que la fundadora fué Sor Isabel de los Angeles.

cienda que tenía, no dió á sus parientes ni un maravedí, y cuando quiso acrecentar á sus sobrinas no se contentó con darles otro esposo que el celestial, entrólas monjas y con ellas se usaban mayores rigores que con las otras de su convento; no las favorecia, sino al tanto que resplandecia en ellas la virtud.

Envió á su Convento de Lima una cama bordada de seda y oro en que poner el Santísimo en el monumento los Juéves Santos.

Gobernó su Iglesia con suma prudencia y gran zelo de la honra de Dios, honró á letrados y virtuosos, y castigó á los que no lo eran, procediendo siempre con suavidad y teniendo mucho respeto á la dignidad sacerdotal á la fama y honra de sus clérigos. Tan gran cuidado tenía en premiar las letras y virtud; que aconteció algunas veces informar al rey de las buenas cualidades de sus clérigos, sin saberlo ellos, y alcanzar las prebendas, beneficios y canongías, y estando bien descuidados llamarlos á su casa y darles las reales cédulas, que les habia alcanzado, no movido por otra cosa, sino por la capacidad y méritos del sujeto.

En su casa vivia con la misma modestia y templanza que en su convento, el estado no

le mudó la condicion, ni su palacio no lo era mas que en el nombre, porque en las obras era concertadísimo monasterio. Habia mucha *reforma* en sus criados que para haberla en ellos, no hay otro camino como la virtud de su señor y para su disolucion basta ver á su amo un poco relajado, pues siempre el mal ejemplo de los mayores fué privilegio dado para que los súbditos no sean buenos. Como el Sr. Guerra era muy bueno, sus familiares le imitaban, y para despedir á un criado no habia menester más informacion, que verle descompuesto, aunque fuese en menudencias y niñerias. En su persona era pobrísimo, más por extremo liberal para los pobres, sus hijos y amigos, que por tales los tenia.

Apretábale mucho la gota y la vejez, con todo permaneció siempre en su loable costumbre de no usar lienzo, sino túnicas de jerga con maravilloso ejemplo de su clero.

Ofreciéronsele negocios graves y á ellos vino á México y como se preciaba tanto de ser fraile, se aposentó en el insigne convento que tenia la órden; visitó el noviciado y dijo misa en su oratorio, donde estaba un antiguo y devotísimo crucifijo, despues que acabó de celebrar hizo una muy devota y discreta plá-

tica persuadiendo la perseverancia en la observancia de las constituciones, y entró á ver algunas celdas de que se edificó grandemente de la pobreza y penitencia con que se criaban, no viendo un colchon en toda aquella casa y que solo unas frazadas y sin llave todas sus celdas. Estando en el convento, el Prior y comunidad le rogaron les consagrase la iglesia, lo cual aceptó de muy buena voluntad el V. Obispo y consagró con mucha solemnidad y notable devocion el 8 de Diciembre de 1592. Fué acto solemnísimo que habiendo comenzado á las seis de la mañana se acabó á las cuatro de la tarde, asistiendo infinita multitud de la ciudad. Vistiéronse de ministros diácono y subdiácono el Mtro. Fr. Juan de Ávila, que despues murió Arzobispo de Santo Domingo, y el Mtro. Fr. Juan Bohorques, que despues murió Obispo de Oaxaca. Luego el año de 1593, en el capítulo intermedio que se tuvo en el convento de Yanhuitlan, por el mes de Mayo, se ordenó que el convento de Santo Domingo de México rezase cada año solemnemente el domingo antes del Adviento, la fiesta de la Dedicacion del templo y su octava simple (que se ha hecho hasta hoy) siendo esta Iglesia la

primera que estuvo consagrada en México. Tambien consagró las dos campanas mayores de la torre, el 4 de Diciembre del mismo año, dando á una el nombre de Santa Bárbara, por ser aquel dia de su fiesta, y á la otra de Santa María. Este beneficio debió el convento y ciudad de México al Sr. Obispo de Michoacan Fr. Alonso Guerra.

En el potificado del Sr. Guerra, se fundaron los Carmelitas en Morelia, así se encuentra en el Tomo 2.° de la "Reforma de los descalzos de N. Sra. del Cármen" por Fray Francisco de Sta. María, en el Libro VIII cap. LXXI.

"Con esta fundacion darémos fin á la Historia del año de 1593. Es el nuevo Valladolid, por su asiento, por la abundancia de sus campos, por la benignidad de su cielo y otras muchas cualidades de que la naturaleza le enriqueció, una de las más estimadas ciudades de aquel extendido reino, en la provincia que llaman de Michoacan, de los indios tarascos. Dieron licencia para la fundacion D. Luis de Velasco, virey y D. Francisco ALONSO GUERRA, Obispo de Michoacan. Hízose en una ermita que habia en la ciudad, cuyo dueño era Alonso de Cáceres, Notario

Apostólico, que de muy buena gana la entregó á la Órden, y tomóse la posesion á 10 de Setiembre y último de Octubre se puso el Santísimo Sacramento. Estaba en esta ermita fundada una Cofradía de Ntra. Sra. de la Soledad, de donde la ermita tomó el título. Pasóse despues al convento de los Padres Agustinos la Cofradía y quedó el convento con el título de Ntra. Sra. de la Soledad." El Dr. Romero dice que dicho convento lo bendijo el Sr. Guerra el 21 de Octubre de 1793.

Concluidos los negocios que le habian traido á México, dió la vuelta para Michoacan, donde procedió con su miniserio episcopal con maravilloso ejemplo de todo el reino. Despues, saliendo á la visita de su Obispado hizo la primera jornada á un pueblo que llaman Capula y allí le dió un recio accidente de mal de orina que le obligó á volverse presto á su casa para ver si los médicos podian darle algun remedio, la enfermedad era terrible y cada dia se apoderaba más del sujeto y lo enflaqueció de manera que ya parecia difunto y los dolores que le causaba eran tan grandes que le privaban de sentido. Sufriólos con admirable paciencia y daba muchas gracias á Dios por las mercedes en dar-

le tan rigorosa enfermedad y suplicábale como hacía el Santo Pontífice Pio V, que se acrecentasen los dolores con tal que le diese paciencia para ellos, y con grande humildad decia que aquella era singularísima merced que recibia de la mano de Dios, pues le concedia que en esta vida pagase sus culpas, mereciendo estar en el infiierno por ellas: muchas veces apretándole el dolor, se arrojaba sobre la cama, y reprendíase á si mismo por tenerla diciendo: "*Qué vergüenza tan grande es esta, que el Hijo de Dios á la hora de su muerte no tuvo donde reclinar su cabeza, y yo siendo el mayor pecador del mundo, tengo almohadas en que ponerla y cama en que descansar.*" Tales circunstancias tenía y tales cosas hablaba, que cuantos se hallaban presentes, quedaban admirados de oirle y muy edificados de la gran conformidad que tenía con la voluntad divina en sus trabajos, y de allí salian contritos y compungidos, muchos hombres doctos habiendole oido, apuntaban las delicadezas y sútiles puntos que decia, declarando lugares de la Sagrada Escritura y de los Santos en órden á dar gracias á Dios por la merced que le hacía en tenerle tan lleno de dolores y fatigas, y con ser ellas tan

grandes, nunca en todo el discurso de su enfermedad se negó á persona que quisiese hablarle, como fuese negocio de importancia, ni alzó la mano del gobierno de su Iglesia. Nadie le oyó pedir á Dios jamas que le quitase los dolores, sino con grande resignacion en la divina voluntad, decia lo que Nuestro Soberano Maestro Cristo, dijo en el huerto: "Padre y Señor, no se haga mi voluntad sino la Tuya." Duróle la enfermedad año y medio y al cabo de este tiempo quiso Dios consolar á su siervo y que se acabasen sus trabajos y comenzar á gozar de los premios eternos. Hallándose cercano á la muerte, pidió el Smo. Sacramento del Altar, viático de aquella larga jornada, y recibiólo con mucha devocion, lágrimas y con grandísima edificacion de los presentes, á los que hizo una breve plática con tanto espíritu y viveza de razones, como si estuviera con entera salud; despues pidió el Sacramento de la Extrema-Uncion, y rezó los Salmos Penitenciales con profunda humildad, pidiendo á Dios misericordia; acabado este acto, se despidió de su cabildo con muy amorosas y tiernas palabras, y dióle su bendicion: lloraban unos, temian otros, y todos no podian hablarle deshaciéndo-

se de dolor y sentimiento por lo que perdian por junto, Padre, Pastor y Amparo: tomó el venerable enfermo un crucifijo en las manos y diciéndole mil dulzuras, dió su alma al Señor con mucha paz y sosiego, el Sábado 21 de Octubre, dia de las once mil vírgenes de las cuales era muy devoto, del año de 1594. Su cuerpo fué sepultado en la Iglesia Catedral de la ciudad de Valladolid en Michoacan, junto al altar mayor, al lado del Evangelio, con la solemnidad y pompa que tan santo Obispo merecia."

Fontana "Sacrun Theatrun dominicanum" Roma 1666.

Obras consultadas *Melendez* "Tesoros verdaderos de las Indias" Roma 1681.

Pichardo "Extractos de una historia Ms. que hay en la libreria del convento de Sto. Domingo de México, cuyo título es Anual historia, escrita por el R. P. Fr. Juan B. Mendez."

Romero "Noticias para formar la Historia y la Estadística del Obispado de Michoacan" México 1862.

Fejada y Ramiro "Coleccion de Cánones y de todos los Concilios de la Iglesia Española" Madrid 1855 Tomo V.

TULANCINGO

Las únicas noticias que tenemos de esta ciudad son: El 9 de Noviembre de 1954, se le dió el nombre de Tulancingo de Santana, y el 17 de Abril de 1868, el de "Ciudad Tulancingo de Bravos."

1. ° El Iimo Sr. D. Juan B. Ormaechea que nació en México en 1812, fué preconizado primer Obispo de esta sede erigida el 16 de Marzo de 1863, por el Sr. Pio IX el 19 del mismo mes y año.

¿Quien en la época no conoce el nombre del Sr. Ormaechea que tanto figuró en la historia contenporánea,, que fué uno de los miembros de la regencia en 1863?

La Diócesis de Tulancingo fué gobernada por su primer Obispo desde 1863, hasta 1884 en que murio.

VERACRUZ

Esta Ciudad fué fundada en 1519 por Hernan Cortés con el título de Villa Rica.

En 1567, trajo cédula el virey D. Martin Enriquez en que era presentado el Padre Fr. Domingo de Tinoco para este obispado; pero no tuvo efecto esta ereccion, sino hasta 1863, no obstante haberse alcanzado de la Santa Sede desde 1804 y las diversas disposiciones del Sr. Pio IX desde 1845 adelante.

2.° Ilmo. Sr. D. Francisco Suarez Peredo, nació en Puebla, falleció en Roma en 1870 estando en el Concilio Vaticano.

3.° Ilmo. Sr. D. José María Joaquin Toribio Mora y Daza, nació en Jalapa, preconizado el 21 de Marzo de 1870, y por bula del Sr. Leon XIII trasladado á Puebla en 1884, á ocupar el lugar 31.° de aquella Diócesis,

CHILAPA

A esta Ciudad se le concedió su título el 7 de Mayo de 1854 y fué confirmado por el decreto número 10 de 14 de Junio de 1871. El decreto número 27 de 23 de Junio de 1873 al distrito de Chilapa le cambió el nombre por el de *Alvarez*.

Esta sede fué creada por el Sr. Pio IX en el consistorio de 16 de Marzo de 1863 y nombrado primer obispo al Ilmo. Sr. Dr. D. Ambrosio Serrano y Rodriguez el 19 de Marzo del mismo año, falleció en 1875.

2.° Ilmo. Sr. Dr. D. Tomás Baron y Morales, preconizado para esta sede en 1876, nació en la Hacienda de Treinta el 21 de Diciembre de 1828, actualmente 2.° Obispo de Leon, á donde hizo su entrada el 30 de Enero de 1883.

3.° Ilmo. Sr. D. Fray Buenaventura Portillo, nació en Guadalajara; religioso Zapopano, definidor de su órden, preconizado Obispo de Tricalia i. p. i. y vicario apostólico de la Baja California, trasladado á esta sede de Chilapa en 1883.

TAMAULIPAS

Ciudad Victoria. capital del Estado de *Tamaulipas*, fué fundada el 6 de Octubre de 1750, con 250 españoles y 125 indios, con el nombre de Santa María de Aguayo.

Actualmente lleva el apellido del primer presidente de la república D. Guadalupe Victoria.

En 1860 el Sr. Pio IX erigió en Vicariato apostólico éste lugar nombrando con este carácter al Ilmo. Sr. Ramirez.

En 1869 se erigió en Obispado, nombrando primer Obispo al Ilmo. Sr. Montesdeoca y Obregon. Dista la capital Diocesana de la capital de la república 218 leguas.

1.° Ilmo. Sr. D. Fray Francisco de la Concepcion Ramirez, nació en el pueblo de San Miguel suburbio de Leon de los Allamas el

19 de Diciembre de 1825, promovido al vicariato apostólico de Tamaulipas, creado por el Sr. Pio IX; lo consagró en Roma el Cardenal Patricí. El Sr. Ramirez fué limosnero mayor en tiempo del Imperio.

En 1865 fué á Roma á negociar un concordato, murió en 1879 en brazos de Santiago, Norte.)

El 12 de Julio de 1863, el Ilmo. Sr. Ramirez que se hallaba en México, consagró en la Metroplitana al *primer Obispo de Leon*, que su Santidad Pio IX nombrara al erigir esta nueva sede, Dr. y Maestro D. José María de Jesús Diez de Sollano y Dávalos.

¡Qué dulce, qué grato sería para el Ilmo. Sr. Ramirez ser el consagrante del primer Obispo de su tierra natal, de su preciosa Leon! ¡Cuántos recuerdos vendrían á su mente! ¡Qué consuelo y satisfaccion hasta cierto punto en ser su consagrante!

¿Y el Ilmo Sr. Sollano, qué no sentiría en la nobleza de su alma, ser consagrado por el Sr. Ramirez, hijo de la ciudad, cuya Diócesis venía á gobernar, y ser su primer Pastor?

Solamente Dios nuestro Señor podria comprender aquellas dos almas en momentos tan gratos para todos y de tan grnade ventura en aquel acto tan solemne.

Hoy los dos moran ya en las empíricas regiones y cuidarán de esta ciudad, el uno como hijo amante y el otro como primer Pastor Diocesano. ¡Benditos sean!

2.° Obispo de Tamaulipas, el Ilmo. Sr. Dr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregon, que nació en Guanajuato el 26 de Junio de 1840, *consagrado en Roma por su Santidad Pio IX el 12 de Marzo de 1871.*

Hé aquí un motivo de congratulacion para Guanajuato: el Ilmo. Sr Montes de Oca, hijo de esta ciudad, ha recibido las sagradas órdenes episcopales, por el mismo representante de Cristo sobre la Tierra.

Guanajuato es pueblo predilecto de Roma cristiana. A uno de sus hijos lo consagra personalmente el Jefe de la Iglesia Católica, nombrandolo Obispo de Tamaulipas, despues del Ilmo. Sr. Ramirez que hijo tambien del

Estado habíase consagrado en la Ciudad eterna.

Tamaulipas, pues, ha recibido los primeros trabajos pastorales de sus dignos prelados, por ilustres hijos de Guanajuato, habiendo sido el primero un hijo de la ciudad de Leon.

3.° Ilmo. Sr. Dr. D. Eduardo Sanchez y Camacho, nació en Hermisillo en 1838, profesor de derecho canónico y de idioma inglés en el Seminario de Guadalajara: se consagró el 29 de Junio de 1880.

MICHOACAN.

La Capital de este Obispado es Morelia, antes Valladolid. Fué fundada con la denominacion de Guallangureo, por el primer virey D. Antonio de Mendoza, firmándose la acta de fundacion el 18 de Mayo de 1541, por D. Juan de Alvarado, Juan de Villaseñor Cervantes (de cuya familia desciende el General D. Agustin de Iturbide) y Luis de Leon Romero, comisionados por el Virey para tomar pocesion del sitio. En 21 de Julio de 1553, Cárlos V. le concedió escudo de armas, despues se le dió el nombre de Valladolid, por cédula de la reina Doña Juana; hasta el 12 de Setiembre de 1828, que la legislatura se la cambió por el de Morelia.

Segun el P. Torrubia se erigió esta Catedral en 18 de Agosto de 1536, en el pueblo

de Tzintzunzan, sujetándola al metropolitano de Sevilla.

Por bula de su Santidad Paulo III, de 8 Julio de 1550, se trasladó la Catedral á Patzcuaro: el Sr. Quiroga extendió la ereccion á la ciudad de Michoacan en 1554.

Segun Muriel, San Pio V. expidió en 1579, las bulas para la traslacion de la silla episcopal á Valladolid.

En 26 de Enero de 1862, el Sr. Pio IX la elevó á Metropolitana dandole por sufragáneas, las sedes de San Luis Potosí, Querétaro, Leon y Zamora, que la misma Santidad de Pio IX, creó ese dia, con excepcion de San Luis que lo habia sido por el mismo Sr. Pio IX pocos años antes.

37.° Obispo. Parece que el primer Obispo mexicano que ocupó esta silla episcopal, lo fué el Ilmo. Eminentísimo y Excelentísimo Sr. Dr. D. Juan Cayetano Portugal, que nació en San Pedro Piedra Gorda, Estado de Guanajuato, el 7 de Julio de 1783. Presentado para la mitra de Linares y para esta sede, fué preconizado para esta última, y consagrado en 1831.

El General Santa Anna lo nombró en tiempo

de su adminstracion presidencial, ministro de justicia y negocios eclesiásticos.

El Sr. Portugal tuvo siempre grande empeño por la ereccion del Obispado de Leon, para lo cual trabajó con crecido empeño, iniciando á la Santa Sede este beneficio para esta ciudad.

Entre tanto se lograban tan sabias y acertadas dispocisiones, fundó en la ciudad un Semimario que se puso bajo la direccion de los padres Paulinos, cuyo hecho histórico dijimos ya, se encontraba en un cuadro en la sacristia de la parroquia del Sagrario, y el cual se hizo desaparecer para borrar de la historia á quien se debió la primera fundacion de nuestro Seminario, cuando existen y vivirán todavia mucho tiempo personajes muy distinguidos en el clero mexicano, que fueron educados en el colegio por el Sr. Portugal y dirigido por los padres de la mision de San Vicente de Pau.

Cuando en 1850 (4 de Abril) el Sr. Portugal dejó de existir, dejó bien adelantados sus trabajos para la direccon de su vasto Obispado; empeño que siguó con buen éxito su digno sucesor el Ilmo Sr. D. Clemente de Je-

sús Munguía 38.° y último Obispo de Michoacan y su primer Arzobispo.

Pocos dias despues de la muerte del Sr. Portugal, recibió el gobierno de la mitra la nota Oficial del Excelentísimo Sr. Cardenal Antonelli en que le comunicaba la resolucion que tenia la santa sede de elevarlo á la dignidad Cardenalicia.

Aquí podria concluir el extracto del episcopado mexicano separando de su conjunto á los Ilmos. Sres. Obispos que han nacido en el suelo querido de la patria, gobernando la Iglesia mexicana y pasando á otras naciones á llevar las luces de su inteligencia, y derramar el consuelo de la religion cristiana; porque hasta aquí hemos llegado á uno de los más altos honores que el Sr. Pio IX diéra á México, elevando al colegio de Cardenales á un Ilustre hijo de México, hijo del Estado de Guanajuato, é hijo al mismo tiempo del Distrito de la católica ciudad de Leon, de la ciudad querida de Dios á quien le dió por Madre á su madre misma, á La Madre Santísima de la Luz, nuestra patrona y abogada; á esta ciudad querida llamala tambien de Refugio, porque en Leon está el refugio de todos, y

todos le quieren por su religiosidad, su laboriosidad, su industria y su hospitalidad.

¡Bendia sea por siempre una ciudad que como la nuestra se sobrepone á todos los vicios por el trabajo y la honradez!

A su Santidad Pio IX estaba reservado crear la Diócesis de Leon y crear el *primer cardenal mexicano.*

Le estaba reservado fijar sus miradas sobre esta parte del mundo católico, y en su siglo elevar á la dignidad cardenalicia á un hijo del Estado de Guanajuato, cuna de la indepencia nacional.

Quizá no pase mucho tiempo, acaso no concluya el siglo actual, sin que el Sumo Pontifice logre llevar al colegio de cardenales á *uno ó más* de los virtuosos sacerdotes mexicanos y brillen en el cardenalato las grandes luces y virtudes que en grande escala existen en nuestro clero, llegándo á ser útiles en el Vaticano.

Héaquí por qué al emprender este pequeño, pero gratísimo trabajo, han venido consignándose las virtudes, ó cuando ménos los nombres de los Ilmos. Sres. que han dejado en su patria y fuera de ella, recuerdos tan

santos de cuanto han hecho en pró de nuestra santa religion.

Vease la honra de nuestro Ilmo. Sr. Ramirez hijo de esta ciudad, que tuvo la dicha de ser consagrado en la Ciudad Eterna; le sucede luego el Sr. Montes de Oca *consagrado por el mismo Señor Pio IX*; y siendo el Pontifice el represntante de Cristo sobre la tierra, debemos creer que el Sr Montes de Oca fué ungido por el mismo Cristo nuestro Señor representado fiel y verdaderamente por el Papa magno del siglo XIX que alcanzó mayores dias que San Pedro en el Pontifiicado.

Y esta honra, esta gloria, sólo la ha obtenido hasta hoy el Sr. Montes de Oca: la de ser consagrado en Roma el Sr Ramirez, y de ser el primer cardenal mexicano el Sr. Portugal, todos tres hijos del Estado de Guanajuato.

Guanajuato ha sido, y Leon el primero, en obtener de la Santa Sede gracias tan grandes..... Bendigamos á Dios y démosle gracias por los grandes beneficios que nos ha dispensado.

Debemos, pues, congratularnos los que en Leon se ha mecido nuestra cuna esperando de la Divina Providencia mayores gracias.

Pero aún más, para concluir este estracto y llevarle á cabo con los nombres de los Ilmos. Señores que han ocupado elevadísimos puestos en el episcopado mexicano fuera de la patria.

El primsr Arzobispo de Michoacan lo fué el Ilmo. Señor D. Clemente de Jesús Munguia 38. º Obispo de aquella Sede. Fué presidente del consejo de ministros en México, y visitador delegado de la Santa Sede, para reformar las órdenes de religiosos. Murió en la Ciudad Eterna en 1868.

2. º Ilmo. Sr. D. José Ignacio Arciga y Chavez, nacido en Pátzcuaro, fué nombrado Obispo de Michoacan el 21 de Diciembre de 1868, siendo cura de Guanajuato.

Los 3 Ilmos. Sres. Obispos de San Luis, los dos 2 de Querétaro, los 2 de Leon, los 2 de Zamora, los 2 de Zacatecas (hermanos) los últimos 5 de Sonora, el uno de Tabasco, y el uno tambien de Colima, han sido mexicanos.

Todos han dejado en sus respectivas Diócesis, ya por su muerte, ó ya por su traslacion á otras Sedes, recuerdos imperecederos de sus trabajos pastorales.

En los momentos de escribir estos apuntes la Iglesia mexicana tiene que lamentar la pérdida del Ilmo. Sr. D. Fray José Rico y Santoyo, muerto en las costas del Pacífico.....

Consecuencia necesaria, hasta cierto punto, cùando son promovidos de un clima á otro de los diversos que imperan en nuestra república: ojalá pudieran evitarse catástrofes de esta naturaleza colocando á personas dignas, en sus propios climas sin exponerlos á una muerte prematura.

Empero sigamos nuestro estracto.

Al hacer explicacion de que han sido mexicanos los Ilmos. Sres. Obispos cuyos nombres ocupan este cuaderno, lo motiva la circunstancia de que los siglos pasados ocuparon nuestras Diócesis casi en su totalidad dignísimos prelados hijos de la nacion ibérica, á quien debemos religion y patria, y en nuestros dias sólo ocupan las sillas episcopales, miembros dignisimos de la Iglesia de México.

En los siglos pasados la mayor parte fueron españoles; pero hubo muchos mexicanos, que desde entónces han venido dando honra y prez á nuestra nacion, como lo expresa el extracto pequeñísimo del Ilmo. Sr. Mota y

Escobar, primer Obispo mexicano de Guadalajara y 12.° en aquella Sede.

Lo expresaré desde luego antes de ocuparme de aquella Diócesis.

El Ilmo. Señor Dr. D. Alonso Mota y Escobar, nació en México donde se bautizó el 10 de Mayo de 1546, cura de Chapa de Mota, curato del Arzobispado, habiendo ido á España á varios asuntos *El rey lo propuso al consejo para maestro de Felipe II.* Presentado para los Obispados de Nicaragua y Panamá, los renunció; promovido á Guadalajara en 1597, gobernó hasta que fué trasladado á Puebla donde murió en 1625.

Pacificó á los indios bárbaros entre Acaponeta y Durango, enviándoles su mitra y pastoral en señal de perdon.

GUADALAJARA.

Esta ciudad es la segunda en la antigüedad en el Estado: en 1530 ordenó Cristobal de Oñate á su heamano Juan, fundáse una Villa con el nombre de "Espíritu Santo" cerca del punto donde hoy está Nochistlan, nombrándole Nuño de Guzman ayuntamiento en 1532; el 24 de Mayo de 1533, ordenó él mismo se trasladase á otro punto á eleccion da los vecinos, fundándole con el nombre de Guadalajara. Se dividieron en opiniones los conquistadores, mudándose unos á Tonalá, y otros á Tetlan. Disgustado Guzman, en Agosto de 1533 ordenó que se poblase el puesto de Tlacotlan, nombrando ayuntamiento y titulándose Villa como lo habia dispuesto. La sublevacion promovida en 1540 por los cascanes, hizo que los conquistadores pensasen

en mudar la poblacion resolviéndose á ello á consecuencia del fuerte ataque que tuvieron que resistir el 27 de Setiembre de 1541; para lo que Cristóbal de Oñate, en 1.° de Octubre citó una gran junta que resolvió la taaslacion, nombrando comisionados para que escogiesen el punto, á Miguel de Ibarra y Juan del Camino, los que eligieron el Valle de Atemajac.

El 9 del mismo mes y año se publicó bando en Tetlan convocando á los vecinos que quisiesen ser pobladores de la nueva Guadalajara, emprendiendo la marcha con este carácter cincuenta y ocho españoles y muchos indígenas de varios pueblos. El primer Virey dispuso en Ahacatlan, el 5 de Febrero de 1542, se nombrase por el Gobernador y por solo esa vez el Ayuntamiento, el que el 11 del dicho mes y año hizo reparto de solares, dando la forma que hoy tiene á la ciudad. No ha llegado á nuestra noticia la fecha de la cédula que le dió esta categoría; pero por la que le concedió armas, se deduce que en 8 de Noviembre de 1539, tenia ya aquel título.

La importancia que tomó la poblacion, hizo que por cédula de 10 de Mayo de 1560,

se ordenase la traslacion de la audiencia que existia en Compostela, verificando su entrada los oidores el 10 de Diciembre del mismo año de 1560, segun se ha dicho antes; desde cuya fecha es la capital de Jalisco.

El progreso y hermoseo de la ciudad puede fijarse en los años de 1762 á 1797, pues en 1.° de Enero de 97 se empezó el empedrado, por órden del Sr. D. Jacobo Ugarte de Loyola, presidente de la real audiencia, para lo que contribuyó el Ilmo. Sr. Obispo D. Fray Antonio Alcalde con *mil treinta y tres pesos*; debiendosele tambien á tan ilustre Prelado el haber promovido el aumento de la poblacion por el Norte, construyendo á sus expensas el Santuario de Guadalupe, Beaterio y Hospital de Belen dotando éstos establecimientos con 138 casas que fabricó.

(Segun el Sr. Vera, en su catecismo, expresa haber sido fundada esta ciudad el 16 de Marzo de 1532) dista de México 161 y media leguas.

Este Obispado pertenecia al de Michoacan, habiendo promovido su ereccion el Ilmo. Sr. Quiroga. El Sr. Paulo III la hizo el 31 de Mayo de 1548, en la ciudad de Compostela.

En 1561, el Sr. Pio VI. expidió la bula de

traslacion á Guadalajara. El Sr. Pio IX en su bula de 26 de Enero de 1862, la elevó á Metropolitana, dándole por sufragáneas las Diócesis de Durango, Linares, Sonora, Zacatecas y el Vicariato de la Baja California.

OBISPOS MEXICANOS.

12.° Ilmo. Sr. Dr. D. Alonso Mota y Escobar 1.° mexicano que ocupó esta silla episcopal, de quien se habló ya.

15.° Ilmo. Sr. Dr. D. Leonel Cervantes Carbajal, nació en México, maestrescuelas, arcediano y provisor de Santa Fé de Bogotá, presentado para el Obispado de Santa Marta; fué promovido á Cuba, y en 1631 á Guadalajara de donde fué trasladado á Oaxaca.

22.° Ilmo. Sr. Dr. D. Fray Vicente Galindo y Chavez, nació en Veracruz, solicitó la ereccion de la Universidad.

27.° Ilmo. Sr. Dr. D. Nicolás Cárlos Gómez Cervantes, nació en México, canónigo de esta Iglesia, promovido á Guatemala en 1723 y trasladado á Guadalajara en 1727.

34.° Ilmo. Sr. D. José Miguel Gordoa y Barrios.

35.° Ilmo. Sr. D. Diego Aranda y Carpintero, *Diputado á las cortes de España*; se consagró en 30 de Noviembre de 1836.

36.° Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Espinosa, primer Arzobispo de la misma.

2.° Arzobispo. Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Loza y Pardavé, trasladado de Sonora en 1868: nació en Huichapan, preconizado Obispo de Sonora en 1852, y trasladado á esta Metropolitana en 1868.

DURANGO.

Antes Nueva Vizcaya, se declaró Estado el 22 de Mayo de 1824, y el decreto número 24 de 15 de Julio de 1826, denominó á su capital *Victoria* de Durango; la cual fué fundada por Alonso de Pacheco por órden de Francisco de Ibarra en 1563, con el nombre de Guadiana; para aumentar la poblacion, Ibarra compró una mina en Abiño, y la cedió á favor de los que fabsicasen una casa.

Segun el Sr. Vera, la fundacion tuvo lugar el 8 de Julio de 1563,

Por bula del Sr. Pio V. de 11 de Octubre de 1620, se hizo la ereccion de este Obispado siendo mexicano su primer Obispo nacido en México, y consagrado en 1619.

1.° Ilmo. Sr. D. Fray Gonzalo de Hermosilla.

4.° Ilmo. Sr. D. Pedro Barrientos y Lomelín; nació en México, provisor y vicario general de su patria, en la vacante del Sr. Manzo, y en el gobierno y vacante del Sr. Mañozca; chantre de la misma Catedral, chancelario de la Universidad y comisario apostólico de la Santa Cruzada; promovido á esta Sede, se consagró en 1656.

5.° Ilmo. Sr. Dr. D. Juan de Gorospe y Aguirre, nació en México, canónigo de la Metropolitana, y electo Obispo de esta sede en 1660.

9.° Ilmo Sr. D. Fray García Felipe Nicolás Legaspi Altamirano, Velazco y Albornóz; nació en México en 1643, cura de San Luis Potosí, canónigo, tesorero y arcediano de la Metropolitana, juez por la Sagrada Congregacion de Ritos en la causa de beatificacion del V. Gregorio Lopez, preconizado Obispo de esta Sede en 1691, fué despues trasladado á Michoacan.

22.° Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Castañiza Gonzalez de Agüero Larrea y Fuentes, Marquéz de Castañiza: nació en México, electo Obispo de Durango en 1815, fundó en México el colegio de indios caciques de nuestra Señora de Guadalupe.

Diputado por Durango, mereció que el Emperador Iturbide le diera la presidencia de la junta constituyente.

23.° Ilmo Sr. Dr. D. José Vicente Salinas; nació en Tehuantepec, se consagró en México en 1869.

LINARES.

En 1560 se erigió el pueblo de "Santa Lucía" que en 1580 se le dió el título de ciudad de Leon, y el 20 de Setiembre de 1596, se le llamó "Nuestra Señora de Monterey," segun Alcedo, por órden del Conde de Monterey en 1599; lo mismo dice Villaseñor. Dista de México 251 leguas. Es capital del Obispado de Linares y del Estado llamado de Nuevo Leon.

El Sr. Pio VI. expidió la bula de ereccion de este Obispado en 25 de Diciembre de 1777.

3.° El primer Obispo mexicano de esta Sede, lo fué el Ilmo Sr. Dr. D. Andrés Llanos de Valdes; nació en Jeréz (Zacatecas), provisor de Nicaragua, rector del Seminario de México, prebendado de la Metropolitana y rector de la Universidad, falleció en 1799.

6.° Ilmo Sr. D. Fray José de Jesús Belaun-

zarán y Ureña, nació en México en 1772: en las misiones que hizo en la Metropolitana, mereció que un dia al bajar del púlpito, lo estrechára en sus brazos el Ilmo. Sr. Lizana, (español) y le dijera: "En España ha elevado Dios á Fray Diego de Cádiz, en México á Fr. José de Jesús Belaunzarán."

7.° Ilmo. Sr. Dr. D. Salvador de Apodaca; nació en Guadalajara, prebendado y Doctoral de aquella Catedral, promovido á esta Sede en 1842.

8.° Ilmo. Sr. D. José Ignacio Sanchez; nació en el Saltillo en 1781, presentado para esta Sede en 1851.

9.° Ilmo Sr. Dr. D. Francisco de P. Verea, 30.° Obispo de Puebla de quien se habló ya.

10.° Ilmo. Sr. Dr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregon, 2.° Obispo de Tamaulipas, de quien se habló ya.

SONORA.

Se denominó provincia de la nueva Andalucía de San Juan Bautista de Sonora, Nuevo Reino de Andalucía; se declaró Estado por el congreso general el 13 de Octubre de 1830.

Hermosillo, capital del Estado de Sonora, lo es tambien de la Diócesis, dista de México 603 y media leguas.

El Sr. Pio VI en su bula de 7 de Mayo de 1779, hizo esta ereccion, fijándose el asiento episcopal en Arispe; fué trasladada á Alamos, despues á Culiacan, y posteriormente á Hermosillo.

El 6.° Obispo—1.° Mexicano lo fué el Ilmo. Sr. Angel Mariano Morales, que nació en Tangancícuaro (Michoacan.)

En 1832 fué consagrado Obispo de Sonora, de donde fue trasladado á Oaxaca.

7.° Ilmo. Sr. D. Lazaro de la Garza y Ballesteros, 33.° Arzobispo de México, de quien se habló en su lugar.

8.° Ilmo. Sr. Dr. D, Pedro Loza y Pardavé, trasladado á Guadalajara en 1868.

9.° Ilmo. Sr. Dr. D. Gil Antonio Alaman, hijo segundo del eminente estadista D. Lucas Alaman. Renunció.

10.° Ilmo. Sr. Dr. D. José María Uriarte, que se consagró en 1870, trasladado al nuevo Obispado de Sinaloa.

11.° Ilmo. Sr. D. Fray José Rico y Santoyo, nacido en Irapuato, consagrado en Querétaro el 21 de Octubre de 1883, muerto en Hermosillo el 11 de Agosto de 1884.

Hé aquí algunos pormenores del fallecimiento de este Ilmo. Sr. que nos ha dirigido el Sr. Vicario Capitular de aquella Diócesis; hé aquí la verdad de aquellos acontecimientos que tanto han llamado la atencion en la época actual.

"Villa del Altar, Setiembre 21 de 1884.—Sr. D. Manuel García y Moyeda.—Leon.—Muy señor mio.

. . . . . .

. . . . . ; voy, sin embargo, á decirle algo sobre el par-

ticular y segun lo he sabido por personas verídicas y que fueron testigos oculares del caso.—Nuestro muy amado Pastor Q. E. P. D. falleció el 11 del próximo pasado Agosto, después de haber sufrido los furores de la fiebre amarilla por el periodo de cuatro dias de que fué victima.—Triste fué por cierto, para todo Sonora, este lúgubre y fatal acontecimiento y especialmente para la ciudad de Hermosillo, que, empezando á saborear las suaves dulzuras de las sobresalientes virtudes de tan recomendable Pastor, he tenido que llorar la desgracia de haberle perdido.—Una fuerte impresion de dolor se apoderó de todos y cada uno de los habitantes de aquella ciudad, desde que ya consintieron en que se aproximaba la hora fatal de perder á su digno é Ilmo. Prelado.—Multiplicados centinelas no bastaban para detener las masas que se agolpaban, llenando los corredores, patios y el mismo salon en que agonizaba el Prelado; lanzándose cuanto más cerca podian para recoger y depositar en sus corazones, los últimos suspiros y postreras miradas de su amado Obispo.

En fin, inexplicable fué el sentimiento que todos generalmente manifestaron en la muer-

te de su dignísimo Prelado.—Pero, cuando más parece que dieron las mayores pruebas de su amor y gratitud, fué cuando ya se llegó el caso de sepultarlo.—El Señor Gobernador del Estado, aunque le prodigó toda clase de servicios asistiéndole él personalmente, y acompañándole de contínuo en su cabecera, lo mismó que personas de su familia, porque siémpre le profesó mucho cariño, y le guardó toda clase de consideraciones; dispuso y le preparó uno bóveda en el cementerio para que fuera sepultado.

Mas cuando el pueblo ve esto, se opone completamente, y no quiere por nada permitir, que su padre y Pastor, sea llevado á un lugar público y comun á todos; quiere y pide á grito en cuello, que sea sepultado en un lugar distinguido, en el templo; pero el Sr. Gobernador á pesar suyo, y por cumplir con la ley que prohibe las inhumaciones en los templos, máxime de los que mueren de una peste, insiste y ordena que se lleve al cementerio, y no obstante de esto, el pueblo en masa, y como en número de 5000, lo llevan y lo sepultan en uno de los templos, en la capilla del Cármen; aunque después la autoridad lo mandó exhumar y sepultar á donde ya lo te-

nia ordenado.....
.....
Esto es, Señor, en compendio, lo que puedo decir á Vd, sobre los acontecimientos y circunstancias más notables que hubo en la muerte de Nuestro dignísimo y nunca bien llorado Pastor.....
concluyo ofreciéndole mis inútiles servicios, y firmándome á la vez su humilde y atento S. S. Q. B. S. M.—Presbítero Bartolomé Suastegui.—Vic. cap.

La prensa ha hecho además justos y dignos elogios de este Ilmo. Prelado, veamos como muestra, el siguiente suelto de "El Pacífico" de Mazatlan, fecha 11 de Setiembre de 1884.

"Hermosillo"—De dicha ciudad, entre otras cosas, nos comunican las noticias siguientes: Aquí está la fiebre amarilla haciendo muchas víctimas.—Acabamos de perder al Sr. Obispo, digno prelado por sus virtudes. Su despejada inteligencia, sus profundos conocimientos y su elocuencia, lo hicieron apreciable á todas las clases de la Sociedad. Su muerte fué muy sentida, y su entierro una triste trage-

dia.—Pastores como éste, son raros, y debe lamentar su pérdida todo pueblo cristiano.

La familia del Sr. Obispo está disminuyendo, ya van cuatro en ocho dias, y otro está en cama. Las familias han observado con ella una conducta digna de elogio."

Ya dijimos, que esta es la consecuencia de los distintos climas en nuestra república, y á lo que están expuestos aquellos á quienes se cambia á los mortíferos, y que ojalá cesára este cambio—¡ojalá sea así!

¡Qué léjos estabamos en 1881, cuando á la muerte del Ilmo Sr. Sollano acaecida el 7 de Junio, escribimos el 16 en nuestro periódico "La República Mexicana" el candidato de nuestros deseos para sustituir al Sr. Sollano, que nuestro pariente y amigo, fuese á las mortíferas costas del pacífico, á pagar el tributo debido á la naturaleza, y á dejar allá sembrados los sentimientos de su virtud! ¡Cuántas halagüeñas esperanzas quedaron desvanecidas!

La Diócesis de Leon, vacante el 7 de Junio de 1881, tenia que esperar un Pastor, que sustituyera dignamente al Sr. Sollano: así sucedió al fin; pero ¿no podriamos haber deseado la venida de un amigo, de un pariente ó de

un conocido? cierto que sí, y por esto, el 16 de Junio publicamos nuestro periódico dando una noticia de la ereccion del Obispado, y el supuesto rumor del digno sucesor del Sr. Sollano expresándonos así.

"Rumor"—Son varios los candidatos que aparecen en el vulgo para cubrir la vacante del Sr. Sollano, hay quien diga, que vendrá alguno de los virtuosos personajes siguientes.

El Sr. Moreno, Obispo i. p. El Sr. Montes de Oca Obispo de Monterey, el Sr. Provincial de Franciscanos Fr. José Rico, el Sr. D. Agustin de Jesus Torres antiguo rector de nuestro Seminario, ó ya por último, que lo será el Sr. Anda, el Sr. Aguirre, el Sr. Sierra, el Sr. Reinoso y etc. etc.

Nosotros creemos que sólo el Santísimo Padre el Sr. Leon XIII puede, inspirado por Dios, darnos un varon tan justo como los que dejamos nombrados."

Efectivamente se dijo algo del Sr. Moreno y del Sr. Montes de Oca; pero nada, ni una palabra respecto de los Señores Rico y Torres; y un año después, el Sr. Torres fué preconizado Obispo de Tabasco, y otro año más tarde, lo fué el Sr. Rico para el Obispado de Sonora.

Dios quiera que algun dia lo sean de alguna Diócesis vacante, los Señores Anda, Aguirre, Sierra y Reinoso.

BAJA CALIFORNIA.

VICARIATO APOSTÓLICO.

1.° Ilmo. Sr. D. Fray García Diego, nació en Lagos en 1785, murió en 1884.

2.° Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco Escalante, sacerdote de Sonora, cura de Hermosillo.

3.° Ilmo. Sr. D. Fray Ramon Moreno y Castañeda, nació en Guadalajara, trasladado á Chiapas.

4.° Ilmo. Sr. D. Fray Buenaventura Portillo, nació el 2 de Mayo de 1827, trasladado á Chilapa en 1883.

Los nuevos Obispados de que poco ha, se ha hecho mencion aquí, son Leon y Zamora, San

Luis Potosí y Querétaro, Zacatecas, Tabasco y Colima.

Los Ilmos. Sres. Obispos, que han ocupado éstas Diócesis, son respectivamente:

Leon, Señor Sollamo y Sr. Baron.

Zamora, Señor Peña y Sr. Cázares.

San Luis Potosí, Señor Barajas, Señor Cónde y Señor Corona.

Querétaro, Señor Gárate y Sr. Camacho.

Zacatecas, Sr. Guerra D. Ignacio Mateo, y su hermano D. José María del Refugio.

Tabasco, Señor Torres.

Colima, Señor Vargas.

FUNDACION DE LEON.

Enero 20 de 1576.—Ereccion del Obispado el 26 de Enero de 1862.

SAN LUIS POTOSÍ.

Diciembre 31 de 1583.—Ereccion del Obispado, 15 de Setiembre de 1854.

ZAMORA.

En 1540—Ereccion del Obispado, el 26 de Enero de 1862.

QUERÉTARO.

Antiquísima, ya en 1531, estaba formada ésta poblacion, pues en dicho año la redujo á la obediencia de los españoles, el cacique de Jilotepec, D. Fernando de Tapia.—Ereccion en 26 de Enero de 1862.

ZACATECAS.

Setiembre 8 de 1546—Erigido Obispado en 1862.

TABASCO.

Antes "Villa Hermosa" fundada el 24 de Junio de 1596.—Erigido su Obispado en 1881.

COLIMA.

El 10 de Setiembre de 1821, se le concedió el título de ciudad.—Erigido su Obispado en 1882.

INDICE.

Descubrimiento de México. 11
Episcopado. 13
Arzobispos de Mexico. 15
Obispado de Puebla 17
" de Oaxaca. 20
" de Chiapas. 23
" de Yucatan. 26
" de Tulancingo. 31
" de Veracruz. 32
" de Chilapa. 33
" de Tamaulipas. 35
" de Michoacan. 39
" de Guadalajara. 48
" de Durango. 54
" de Linares. 57
" de Sonora. 59
Recuerdos del Sr. Rico, último Obispo de Sonora, al escribir éste cuaderno en 1884. 60
Baja California. 67
Nombres de los Ilmos. Sres. Obispos de Leon, Querétaro, Zamora, San Luis Potosí, Zacatecas, Tabasco y Colima. 68

APENDICE.

Con el fin de dar mayor importancia á este trabajo del Sr. García y Moyeda, me he tomado la licencia de añadirle, las copias que poseo, de fé de Bautismos, de varios de los Obispos antes mencionados.

1539—"En 20 de Mayo de 1539, baptizó el P. Benito López á MELCHOR, hijo de Antonio de la CADENA y Doña Francisca de Sotomayor, su muger legítima. Fueron padrinos Juan Velasquez de Salazar, y el Licenciado Pedro López y Doña Ana su muger, y Alonso de Contreras é Isabel Mejía" (Primer libro de bautismos de la Catedral de México.)

1546—En diez i ocho de Mayo, se bautizó al hijo de Jerónimo Ruiz de la MOTA y de su muger lexitima Catalina dscobar, fueron sus padrinos Franco de Santa cruz y su muger y Ino de Salamanca y su muger, y Antoño de Castillo—El ballr, Lco. de Rs. Cura"—(Id.)

1561.—"En domingo 21 de Diziembre de 1561 años, baptizó el cura aol. hernandez á GONÇALO hijo de go. de ÇALAZAR y de su legítima muger antonia de Avila fueron sus padrinos bernardino de bocanegra y su muger doña ysabel de luxan y nuño de chavez y su muger doña ma. vasqs. de coronado.—alo frdez.—al margen: g.° foja 152.—(Id.)

1565.—"En 3 de Febrero de este presente año, yo el Dr. Anguis con licencia de su Sria. Rma. bautizé en la ... de S. José de S. Francisco de esta ciudad de México, un niño hijo de Leonel de CERVANTES y de Doña María de Carvajal, al cual nombraron JUAN. Y por que es cierto lo firmé de mi nombre fecho en México á 1.° de Marzo del dicho año de 1565 años Dr. Anguis fué su padrino el Factor Ortuño de Ibarra."

1643.—"En 15 de Febrero de 1643 años bautizó el Señor Doctor Don Lope Altamirano y Castilla, Dean de esta Santa Iglesia de Mexico y Comisario general de la Santa Cruzada á GARCIA NICOLAS FELIPE, hijo de Don Juan LEGASPI Altamirano y Velasco, adelantado de las islas Felipinas, y de Doña Luisa de Albornóz y Acuña: fueron sus padrinos el Señor Don Fernando Altamirano y Velas-

co, Conde de Santiago y Doña María de Ibarra y Velasco, su muger."

1696.—„En el año del Sr. de noventa y seis, en la parrochia de la *villa de Leon*, en onze dias del mes de Abril, yo fr. Pedro Niño, quoadjutor del Pe. Cura, baptisé solemnemente á Vn infante que nació á los tres de dho. mes: al qual puse por nombre DIEGO BERNARDO, hijo legítimo de Dn. Juan de PEREDO y de Doña María Navarrete; fueron sus padrinos Domingo Castañeda Zeuallos y Da. Leonor de Aguilar, todos vezinos de dha. Villa, y para que conste lo firmo—Fr. Pedro Niño." (pag. 20, vuelta, del Libro de bautismos de españoles de 1631 á 1711.)

1759.—"En onze de Octubre del año del Señor de mill setecientos y cinquenta y seis, con licencia del Sr. Dr Dn. Antonio de Chaves Cura propio de esta Sta. Iglesia (de México.) Yo el Br. D. Miguel Gonzales de Agüero, Baptizé un infante que nació el dia quatro de este presente mes, púsele por nombre JUAN FRANCISCO MARIANO IGNACIO JOSEPH hijo legítimo, de legítimo matrimonio de Dn. Juan CASTAÑIZA y Larrea, y de Da. Mariana Gonzales de Agüero, fué su Padrino Dn Juan de Joseph de Echeveste, vez.° de Mé-

xico.—Fr. Antonio de Chaves (rúbrica) Br. Manuel Gonzales de Aguero (rúbrica) pag. 24 (vuelta) Libro de Baptismos de españoles de 1756."

1763.—"En este pueblo de Comitan. En tres dias del mes de Setiembre de mil setecientos sesenta y tres *de licentia Parochi*, hice los exorcismos, puse oleo, y crisma y bautizé solemnemente á LUIS, hijo de D. Juan Tomás GARCÍA, y de Da. Isabel GUILLEN: fueron padrinos D Francisco de Santiago y Doña Juana Albores. Advertí á los padrinos su obligacion y espiritual parentesco; y porque conste lo firmé. Ubi sup.—Fr. Juan Piscador —rubricado—(Libro de Bautismos de 1752 á 1763 fojas 199 vuelta.)

1772.—"En tres dias del mes de Febrero de mil setecientos setenta y dos; Yo el Br. D. Manuel Avilés, Teniente de Cura de esta parroquia (de Sta Catarina mártir de México) bautizé solemnemente á JOSÉ MARIA, PEDRO, hijo legitimo de Don Juan Bautista BELAUNZARAN y de Doña Maria Dominga Ureña, nació el dia treinta y uno de Enero. Fué su padrino Don José Antonio Galarraga, á quien advertí su obligacion y parentesco que contrajo.—Dr. D. Joaquin del Pino (rú-

brica)—Br. Manuel Avilés—(rúbrica)—fojas 71 vuelta."

1780.—"En la villa de San Felipe del Obraje, á 28 de Setiembre de 1780, Yo el P. Manuel Gonzales (V. p.) bautizé solemnemente á MANUEL Cosme, hijo legítimo de legítimo matrimonio de Pedro POSADA y de Gertrudis Garduño, difuntos españoles de esta cabecera, fueron sus Padrinos el Br. José Bernal Teniente de Cura de dicha, quien sabe su obligacion, lo certifico y firmo.—Manuel Gonzales."

1784.—"En esta antigua Parroquia de Xalapa en trece de Diciembre de ochenta y cuatro, Yo el Teniente de Cura Baptizé solemnemente y puse Oleo y Crisma á JOSE MARIA LUCIANO de un dia de nacido, hijo lexítimo de José María BECERRA y Petrona Ximenes, españoles, fué su madrina María Sanabria, casada con Tomás Ximenes, á quien advertí su obligacion y parentesco espiritual, y lo firmé.—José Mariano de la Rocha."

1785.—"En la iglesia prroquial del valle de San Mateo del Pilon (*hoy Monteniorelos, Nuevo Leon*) en 25 de Diciembre de 1785, yo fr. Andrés Rafael Salazar, ministro doctrinero de la mision de la Purificacion de este valle, bau-

tizé y puse los santos Oleos y Crisma á JOSE LAZARO DE LA GARZA, español de nueve dias de nacido, hijo legítimo de D. José Antonio de la Garza y de Da. María Guadalupe Ballesteros, vecinos de esta jurisdiccion, (Ojo de agua) Fué su padrino, yo el mismo Cura José Ireneo Guerra, y para que conste lo firmé *ut supra*. José Ireneo Guerra (una rúbrica)"

1793.--"Jueves 21 de Marzo de 1793, recibió solemnemente el santo bautismo en esta iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Concepcion, de la ciudad de San Francisco de Campeche, Provincia y Obispado de Yucatan, un niño blanco que nació en 19 de dicho mes, hijo legítimo del subteniente de milicias urbanas, D. Antonio Perez GUERRA, natural del lugar de San Juan de la Rambla, en la isla de Tenerife, y de Doña María Josefa Rodriguez Correa, natural de esta ciudad, y ambos vecinos de ella, nieto por el padre, de D. Nicolás Perez Guerra y de Da. Andrea Alonso Rodriguez del Castillo; y por la madre, del capitan D. Manuel Rodriguez Correa y de Da. Simona Andrea Mexia; siendo su padrino el Cura beneficiado D. Ignacio de Zavalegui. Yo el Pbro. D. Luis Rodriguez Correa, como

teniente de Cura de dicha iglesia, hize este bautismo, sabe el padrino sus obligaciones que contrajo con el ahijado y sus padres; impúsele el nombre de JOSE MARIA, ANTONIO MARIANO, FRANCISCO DE PAULA, díle por abogado á San Sebastian de Aparicio y porque todo conste lo certifico y firmo —Luis Rodriguez y Correa." (fojas 85 del Libro 2. º de bautismos de españoles.)

1795.—"En veintiuno de Agosto del año del Señor de mil setecientos noventa y cinco, con licencia del Señor Doctor Don José Nicolás de Larragoiti, cura de esta Santa Iglesia "(*del Sagrario de México*)" Yo el Bachiller Don José Aguirre, bautizé á un infante que nació hoy dia de la fecha, púsele por nombres BERNARDO MARIA, LUIS GONZAGA MAXIMIANO, hijo legítimo de legítimo matrimonio de D. Esteban Ramon de GARATE, difunto, natural de la villa de Elgoivar, en la provincia de Guipúzcoa, y Doña María Josefa Lopez Arismendi, natural de Villa Franca, en Navarra; nieto por línea paterna de Don Francisco Javier de Gárate y Doña Mariana de Barrenechea, y por la materna de Don Sebastian Lopez y Doña Jerónima de Arismendi. Fué su padrino Don Diego de A-

greda, vecino de México, advertido de su obligacion. Y para que conste lo firmé- Dor. José Nicolás de Larragoiti." (foja 130.)

1795.—En la parroquial de Lagos, en cuade Noviembre de mil setecientos noventa y cinco años, Yo, Fray José Farján, teniente de Cura, bauticé solemnemente á PEDRO JOSE CAYETANO BARAJAS, mestizo, de tres dias, nacido en la Hacienda de la Daga, legítimo de Ignacio Barajas y de María Ignacia Moreno: fueron sus padrinos Basilio de Reyes y María Ignacia Barajas de la Lanceda, á quienes advertí la obligacion de enseñar la Doctrina Cristiana y el parentesco espiritual. Y lo firmé con el Sr. Cura José Lambarén y Urizarrí—una rúbrica.—Fr. José Farján (otra rúbrica). Al márgen Pedro José Cayetano, mestizo,—de la Daga, Padre Farján."

1799.—"Yo el Bachiller José Antonio de la Mora, bauticé solemnemente, exorcicé, puse el Santo Oleo y Crisma á un infante de tres dias de nacido, en esa ciudad (de Zamora), á quien puse por nombre JOSE ANTONIO GERMAN, hijo legítimo de D. Juan José DE LA PEÑA y de Doña María Luisa Navarro. Fueron sus padrinos D. José Antonio Villanueva Molinar, Da. María Isabel Verduz-

co, casados á quienes advertí su obligacion y parentesco espiritual, y para que así conste lo firmé de mi puño y letra—José Antonio de la Mora, dia 30 de Mayo de 1799."

1814.—"Mártes 1.° de Marzo de 1814, recibió solemnemente el santo bautismo en esta Santa Iglesia Catedral de San Ildefonso de la Ciudad de S Bernabé de Mérida, Provincia y Obispado de Yucatan, un niño que nació el 27 de Febrero, hijo legítimo de D. Anastácio RODRIGUEZ DE LA GALA, y de Da. Merced Enriquez, de esta ciudad; nieto por el padre de D. Antonio Rodriguez de la Gala y de Da. María Torres; y por la madre de D. Angel Antonio Enriquez y D.a María Diaz. El Pbro. D. Pablo Oreza, con licencia del párroco hizo este bautismo, siendo madrina Da. Catarina Heredia, á quien advertió el parentesco espiritual y obligaciones que contrajo con el ahijado y sus padres; impúsole el nombre de JOSE LEANDRO DE LA SANTISIMA TRINIDAD, dióle por abogado á Sr. S.; y yo D Manuel José Villafaña, como teniente de Cura de esta Iglesia me hallé prepresente á todo y para que conste lo certifico y firmo—Manuel José Villafaña (rúbrica) Libro 41 de bautismos fojas 73 vuelta."

1816.—"En la iglesia Real Parroquial de de Santiago (Querétaro) á veinte y dos de Enero de mil ochocientos diez y seis, Yo el Br. D. José María Sanchez, Prefecto de la Illtre y Venerable Congregacion de Nuestra Señora de Guadalupe de esta ciudad, V. p. bautizé solemnemente á JOSE MARIA RAMON de dos dias h. l. del Br. D. Ramon COVARRUBIAS y de Da. Mariana Mexia, Españoles de la calle de los Infantes; fueron Padrinos D. Juan Márquez y Da. Josefa Huelva, y lo firmé—Dr. y Mtro. Joaquin Oteiza Lib. de Españoles de 1806 á 1817."

1816.—"En el año del Señor de mil ochocientos diez y seis, á diez y siete de Febrero, en la iglesia paroquial de esta ciudad de San Luis Potosí, yo el R. P. Fr. Manuel Diez, Provincial de esta santa Provincia de los Zacatecas, Lector Jubilado de Sagrada Teología y Comisario de los Santos Lugares de Jerusalem etc. de licencia que me confirió el Sr. Dr. D. Angel Mariano Morales, Cura y Juez eclesiástico de esta ciudad y su Partido, bautizé solemnemente puse Oleo y Crisma á un infante español de un dia de nacido, al cual puse por nombre MANUEL JACINTO MARÍA hijo legítimo de Don Mariano del

CONDE y Doña María Josefa Blanco: fué su padrino Dn. Francisco Blanco, vecino de esta ciudad. Y para que conste lo firmo con el Sr. Cura—Br. Juan Aguiar—Fr. Manuel Diez. (foja 31 vuelta."

1818.—"En el pueblo de S. Martin Alfajayucan en veinticuatro de Julio de mil ochocientos diez y ocho, Yo el B. D. José Ildefonso Hernandez de Huidobro (V. P.) Bautizé solemnemente á APOLINARIO AGUSTIN nacido ayer, hijo legítimo de D. Tomás TORRES y de Doña María Espiridiona Hernandez; fueron sus Padrinos D. José María García y Doña María Carrillo, Españoles ambos de la Cabezera. Á quienes advertí su obligacion y parentesco espiritual, y para que conste lo firmé—entre renglones—Hernandez—vale. Br. Manuel Garrido— Una rúbrica. José Ildefonso Hernandez de Huidobro—Otra rúbrica."

1820.—"En esta parroquia de Jalapa en 16 de Abril de 1820 años, Yo D. José Joaquin de la Pedreguera, cura propio de esta villa, bauticé solemnemente, puse Oleo y Crisma á JOSÉ MARÍA JOAQUIN TORIBIO, de un dia de nacido, hijo legítimo de D. Joaquin MORA y de Doña Teresa Gómez Daza; fueron sus padrinos D. Juan Francisco Bárcena, sol-

tero y su hermana Doña Gabriela, á quienes advertí su obligacion y parentesco espiritual y lo firmé."

1820.—"En el año del Señor de 1820 á 25 de Noviembre. Yo, el Br. D. Francisco Xara actual capellan del convento de Monjas de la Purisima Concepcion de esta Villa (San Miguel el Grande), con licencia del Señor Cura, Bauticé, puse Oleo y Crima, á un infante Español, que nació en esta dicha Villa el citado dia, á quien puse por nombre JOSÉ MARIA MIGUEL IGNACIO SIMON CATARINO DEL CORAZON DE JESUS, hijo legítimo y de legítimo matrimonio del caballero Maestrante de Ronda (D. José María DIEZ DE SOLLANO) y de la Señora Doña María Josefa Dávalos; fué su padrino el Señor Teniente Coronel D. Juan María Lanzagorta y Landeta, quien sabe su obligacion, y lo firmé con el Señor Cura—Dr. Francisco Uraga—Br. Xara."

1825.—"En esta Iglesia Parroquial de S. Sebastian de la Villa de Leon, á veinte y dos dias del mes de Diciembre de mil ochocientos veinte y cinco. Yo el Br. D. Ignacio Guerrero, Vicario en turno, bautizé solemnemente, puse Oleo y Crisma á JOSÉ JULIO de tres dias de nacido

de S. Miguel h. l. de Telésforo RAMIREZ y de Ambrosia Gonzalez; fueron sus padrinos Ursulo Neri y Juliana Ramirez, á quienes advertí su obligacion y parentesco espiritual y lo firmé.--En un Libro de forro colorado pagina 294.

Nota: en la profesion religiosa, cambió el nombre de bautismo por FRANCISCO DE LA CONCEPCION.

1830.—" En el año del Señor de mil ochocientos treinta, á los veinte dias del mes de Mayo, yo Fr. Ambrosio María de Alcocer Prior de el Convento de N. P. S. Agustin, con la licencia necesaria, Bautizé solemnemente en esta Parroquia (de Pátzcuaro) á un infante de un dia de nacido, hijo lexítimo de D. Pablo ARCIGA y de Da. Rafaela Chavez, á quien puse por nombre JOSÉ IGNACIO, fueron sus padrinos D. Juan Alcocer y Da. Luisa Jaurrieta cónyuges, instruidos en su obligacion y parentesco espiritual.--De la Torre Lloreda.—Alcocer.--Dos rúbricas."

1831.—"En el curato de la Villa de Irapuato, en el año del Señor de mil ochocientos treinta y uno, en dos dias del mes de Febrero, yo el Licenciado D. José Joaquin Gallegos, Cura beneficiado ménos antiguo y en turno

de esta Villa y su Partido, concedí mi licencia, y con ella el Br. D. Juan Eusebio Gallardo, clérigo presbítero domiciliario de este Obispado de Michoacan, administró con las debidas acostumbradas solemnidades el Santo Sacramento del Bautismo, en esta parroquia, á un infante que tenía dos dias de nacido, y le puso por nombre JOSE MIGUEL CANDELARIO BLAS, hijo de Patricio RICO y Josefa Santoyo, de aquí; fué su padrino Darío Venavides y su madrina Ignacia Ramirez, instruidos en la obligacion que les corresponde. Y para su debida constancia lo firmé en dicho dia, mes y año—Gallegos —(rúbrica) Lib. 25. foj. 22."

1840.—"En la santa iglesia parroquial de la ciudad de Guanajuato á veintinueve de Junio de mil ochocientos cuarenta, el Lic. D. Luis Camacho con mi licencia bautizó solemnemente, puso óleo crisma y por nombre JOSE MARIA, IGNACIO DE JESUS, JUAN PABLO á un infante ciudadano de tres dias hijo legítimo del Lic. D. Demetrio MONTESDEOCA y de Doña Luz Obregon, fueron padrinos D. Basilio de Obregon y Doña María Cecilia Marin, á quienes advirtió su obliga-

ion y parentesco; y porque conste lo firmé. —Dr. Riva.—Una rúbrica."

II

Además de los prelados mexicanos referidos, hubo otros ilustres compatriotas nuestros, que *ciñeron* las mitras de otras iglesias, y fueron los siguientes:

Alzate y Miranda, Ilmo. Don Andrés, nacido en Huejocingo (Puebla) Obispo en 1754 de Puerto Rico, donde murió al año siguiente.

Bravo de Laguna, Ilmo. Fr. Alonso, nacido en Tepeaca (Puebla) franciscano, Obispo de Nicaragua, consagrado en Guatemala el 21 de Setiembre 1671, murió en 1675.

Campos, Ilmo. D. Antonio, nacido en S. Felipe del Obraje (E. de México) Obispo de Rosen (in. p. inf.) Abad de la Colegiata de Guadalupe, murió 12 Enero 1851.

Cantarines, Ilmo. D. Francisco, nacido en Córdoba (Veracruz) Obispo de Hypen (i. p. i.), murió 6 Noviembre 1847.

Carbajal, Ilmo. Fr. Agustin, nacido en Guadalajara (Jalisco) agustino, Obispo de Panamá y trasladado á Guamanga en 1612.

García de Palacios, Ilmo. D. Juan, nacido en México, Obispo en 1676 de Cuba, murió 1.° Junio 1682.

Gómez de Carpena, Ilmo. D. Agustin, nacido en México, Obispo de Olena (i. p. i.) Abad de la Colegiata de Guadalupe, murió 5 Octubre 1868.

Fernandez de Madrid, Ilmo. D. Joaquin, nacido en México, Obispo de Tenagra (i. p. i.), murió 25 Diciembre 1861.

López Portillo, Ilmo. Fr Antonio Guadalupe, nacido en Guadalajara, franciscano, Obispo de Honduras en 1725, murió 6 Enero 1742.

Monroy, Ilmo. Fr. Antonio, nacido en Querétaro, dominico, General de la órden, ☞ Arzobispo de Compostela, en España, murió 8 Noviembre 1715.

Pardio Ilmo. D. Manuel, nacido en Campeche, Obispo de Germanicópolis (i. p. i.), murió 20 Abril 1861.

Quiles y Galindo, Ilmo. Fr. Andrés, nacido en Celaya (Guanajuato) franciscano, Obispo de Nicaragua en 1727, murió sin haber tomado posesion.

Rojo Ilmo. D. Manuel Antonio, nacido en Huichapan (Hidalgo), Arzobispo de Manila, murió 30 Enero 1764.

Serralde y Osees, Ilmo. Fr. Agustin, nacido en Xochimilco (Distrito Federal) franciscano, Obispo de Sagunto (i. p. i.), murió 22 Julio 1679.

RECASENS.

NOTA.—En la pág. 79, línea 23, se omitió "José."